

Habla Pavel Giraud: Lo que llegó a mis manos fue un casete, que evidentemente no custodiaba la Seguridad del Estado. El material original debe estar aún en los archivos del ICAIC. Me han dicho que esos archivos malditos tienen títulos que nada tienen que ver con su contenido, como *Carnavales de Jaruco*, *Festival de*

la Toronja y así (...) Cuando lo vi, no lo me lo podía creer, y menos aún que fuese un registro prácticamente íntegro del suceso. Yo rebobinaba la cinta, viendo la imagen a toda velocidad, y no daba crédito a que los segundos se convertían en minutos y los minutos en horas. No dormí esa noche.

Papel Literario

FUNDADO EN 1943

80 AÑOS

DOMINGO 2 DE JULIO DE 2023

• Dirección Nelson Rivera • Producción PDF Luis Mancipe León • Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez • Correo electrónico riveranelsonrivera@gmail.com/https://www.elnacional.com/papel-literario/ • Twitter @papelliterario



DEBATE >> EL CASO PADILLA CONTINÚA ABIERTO

La mala memoria. Fragmentos

HEBERTO PADILLA

Antes de empezar el acto me reuní con José Antonio Portuondo, que presidiría la reunión, ya que Nicolás Guillén se había negado rotundamente a participar “en la farsa”, según dijo.

Y en verdad fue una farsa. La reunión se apartó del propósito que señalaron los oficiales días antes. Fidel Castro estaba enfurecido porque la condena de los escritores americanos y europeos por mi encarcelamiento no cesaba. Entonces decidí apelar, al último recurso: grabar la sesión y difundirla a través de Prensa Latina como evidencia de que el gobierno revolucionario había sido generoso con un grupo de contrarrevolucionarios confesos; pero el método era demasiado burdo y tenía antecedentes en todos los países comunistas cuando quería destruirse una reputación. Lejos de convencer a sus críticos internacionales, la farsa hacía más clara las intenciones de Castro. Quedaba demostrado que una fatal jurisprudencia normaba el abuso de poder en cualquier sitio.

De la inolvidable noche de la autocrítica, en abril de 1971, poco puedo agregar que no haya sido ampliamente divulgado por la prensa internacional; pero algunos hechos fueron omitidos. Mi intervención no fue exactamente la que Prensa Latina difundió. Hay partes que, a última hora, creyeron oportuno censurar; por ejemplo, mi alusión a Ortega y Gasset cuando dije: “De cuyo nombre Mario Parajón no quiere acordarse”, el gobierno decidió omitirlas pero está recogida en la filmación que hizo el ICAIC esa noche y que un día, cuando los tiempos cambien, serán reveladas. Tienen cierto interés, al menos para mí y para mis colegas.

Tampoco se difundió la intervención del poeta haitiano René Depestre que, creyendo que aquella reunión era espontánea, dio lectura a una carta suya a Fidel sobre la situación de los escritores cubanos donde calificaba de ejemplar el tratamiento que los dirigentes vietnamitas daban a los problemas surgidos en el seno de las organizaciones culturales. La carta proponía ese ejemplo para Cuba. A su lectura, Depestre agregó un comentario sobre la reunión, dijo que, por primera vez, asistía a un encuentro de crítica y autocrítica entre escritores donde la Seguridad del Estado podía exhibir limpia la frente por su conducta ejemplar, y que yo había reconocido mis errores con la misma sinceridad con que habían admitido los suyos el resto de mis compañeros, que no habían vacilado en autocrítica y en haber hecho promesa de enmienda.

Depestre está vivo, pero en Francia. Dos días después de su intervención fue separado de su cargo en la emisora Radio Habana Cuba y nunca más pudo leer sus comentarios en creole dirigidos a Haití. No tuvo otra alternativa que pedir la salida del país con su mujer e hijos, que tampoco obtuvo con facilidad.

El que quiera verificar el aspecto literal de la farsa, no tiene más que leer la carta que supuestamente escribí al gobierno revolucionario desde la prisión el 5 de mayo. Aunque más breve, es, básicamente, el mismo texto que debí memorizar y que, casi al pie de la letra, recité en la Unión de Escritores según las instrucciones de la policía. La revista madrileña *Índice* publicó esa carta íntegra, conjuntamente con la llamada autocrítica.

El caso Padilla, documental de Pavel Giraud, nos devuelve a la controversia que se desató en 1971, cuando Heberto Padilla, recién salido de la cárcel, tomó el micrófono para inculparse y culpar a otros de actividades contrarrevolucionarias. *Papel Literario* dedica esta edición a recapitular el acontecimiento que provocó un cisma entre los escritores y el régimen castrista. Los fragmentos que siguen pertenecen a *La mala memoria*, libro de Padilla publicado en 1989



HEBERTO PADILLA / ©VASCO SZINETAR

La farsa pareció complacer a Fidel Castro, sobre todo por la destreza con que repetí ante mis compañeros los párrafos aprendidos de memoria donde el recuento de mi ingratitud hacia él cobraba la vehemencia deseada. Al terminar mi intervención, secundado por mis amigos que repitieron con la misma convicción el cúmulo de errores que la Seguridad del Estado nos atribuía, todos los presentes nos rodearon y nos abrazaron. Ni siquiera Norberto Fuentes, que escenificó con brillantez el papel de discrepante que la policía le había asignado, pudo escapar a la efusión de los presentes. Fue una orgía de abrazos revolucionarios. Mi discurso, por demás, terminó con el “Patria o muerte, venceremos”, que era un gesto litúrgico de emocionado acatamiento.

Al vaciarse la sala, quedamos únicamente los intérpretes del melodrama. Los últimos abrazos de la noche vinieron del grupo de policías que celebraban con nosotros un acto donde la represión triunfaba, donde la efusiva sumisión a las órdenes nos había transformado en dóciles marionetas para la satisfacción del Comandante.

El jefe de la operación nos colmó de elogios. Y antes de retirarse nos dijo con mucha gravedad: “Informen al doctor Portuondo de cualquier sinvergüenza que mañana les niegue el saludo. Para nosotros es muy importante

saber quiénes continuarán siendo sus amigos y quiénes no”.

Mis amigos involucrados en el caso estaban eufóricos. “Con tal respaldo a nada debemos temer”; pero yo no les oculté mi opinión: “A partir de mañana hay que decirle a Portuondo que nadie ha dejado de saludarnos, ni siquiera nuestros peores enemigos”.

Esa noche no dormimos ni Belkis ni yo. Con el fondo de un disco de Vivaldi, continuamos un diálogo de mudos. Habíamos decidido no decirnos una palabra sobre el caso por temor a los micrófonos. Todo cuanto pensábamos lo escribíamos en montones de páginas que íbamos incinerando puntualmente. Me describía ella todo el desarrollo de la situación que yo ignoraba, y mientras más escribía, más claro se perfilaba que aquella reunión, lejos de haber cancelado el escándalo internacional de nuestro caso, abría una brecha, establecía una ruptura insalvable entre la política represiva del gobierno cubano y la actitud de escritores y artistas del mundo entero que hasta ese momento se habían resistido a creer que Castro reproduciría los métodos de Stalin en un país tan remoto y distinto.

Quedaba demostrado que si el intento de convertir a Jorge Edwards en un burdo reclutador de espías en los medios literarios cubanos fue un rotundo fracaso, no lo fue me-

nos la burda mascarada de autocrítica que no engañó a nadie; pero la morbosa satisfacción que siente un tirano al lograr la humillación de un adversario aunque sea mediante el miedo y la tortura, está por encima de cualquier análisis frío y objetivo. Pero a Castro le interesaba demostrar que Padilla y sus amigos aceptaban la ceremonia de autodegradación como cobardes, a la manera en que lo había

“
es, básicamente, el mismo texto que debí memorizar y que, casi al pie de la letra, recité en la Unión de Escritores según las instrucciones de la policía”

hecho el comunista Aníbal Escalante. Su autocrítica, hecha en los términos clásicos de los países comunistas, fue publicada en *Granma* y en todos los periódicos como prueba de su cobardía.

Casi de inmediato Octavio Paz analizaba así la situación en la revista *Siempre!:* “...supongamos que Padilla dice la verdad y difamó al régimen cubano en sus charlas con escritores y periodistas extranjeros. ¿La suerte de la revolución cubana se juega en los cafés de Saint-Germain des Prés y en las salas de redacción de las revistas literarias de Londres y Milán...? El régimen cubano para limpiar la reputación de su equipo dirigente, dizque manchada por unos cuantos libros y artículos que ponen en duda su eficacia, obliga a uno de sus críticos a declararse cómplice de abyectos y, al final de cuentas, insignificantes enredos político-literarios.

Todo esto sería únicamente grotesco, si no fuese un síntoma más de que en Cuba ya está en marcha el fatal proceso que convierte al partido revolucionario en casta burocrática y al dirigente en César”.

Berta, mi ex mujer, y mis hijos, Giselle, María y Carlos ya habían escuchado por la radio las primeras reacciones que mi caso había suscitado en el exterior. La que mejor resumía el punto de vista general, era la atribuida a Gabriel García Márquez: “Yo no sé si Padilla le ha hecho daño a la Revolución como se dice; pero su autocrítica sí se lo está haciendo, y mucho”.

El gobierno había cometido el error de hacer circular, a través de la agencia Prensa Latina, mi supuesta carta pidiendo clemencia. Y esto, sin duda, había suscitado la desconfianza general.

Según los oficiales de la Seguridad del Estado, Fidel había visto la filmación de la ceremonia de la autocrítica hecha exclusivamente para él, y había quedado satisfecho.

Pocos días después, por la noche, Alberto Mora apareció en mi apartamento sumamente nervioso, y me dijo que la campaña internacional contra Fidel se había intensificado, le hizo una seña a Belkis de que se quedara y me tomó por un brazo. Cuando íbamos por el pasillo me dijo en voz baja: “Supongo que ustedes no hablarán nada en este apartamento”.

Le respondí que lo peligroso lo poníamos por escrito. Mientras nos dirigíamos hacia su automóvil me propuso que habláramos de cosas generales durante el trayecto. Pensé que nos dirigiríamos a su apartamento; pero al rato estábamos frente a la casa donde había vivido su madre. Entramos por una puerta independiente en una habitación pequeña separada del resto.

Alberto me confesó que la situación estaba complicándose peligrosamente. Me contó lo que ya Belkis me había dicho: días después de mi detención le había escrito una carta a Fidel expresándole su inquietud por el hecho, y se la entregó a Carlos Rafael Rodríguez para que la hiciera llegar personalmente.

(Continúa en la página 2)

La mala memoria. Fragmentos

(viene de la página 1)

Tan pronto Fidel la leyó ordenó la detención de Alberto. Solo estuvo cuarenta y ocho horas en la Seguridad del Estado, gracias a la intervención de su íntima colaboradora Celia Sánchez, quien le había prometido a la madre de Alberto, en su lecho de muerte, que ella protegería a su hijo de un peligro que la buena mujer intuía.

Alberto me dio a leer la carta. Era extensa, pero recuerdo casi literalmente el comienzo: “Fidel, tú sabes que yo no me hice un revolucionario por ti”.

Ese tuteo que Castro había eliminado casi por completo en su relación con sus antiguos compañeros, y el permitirse enjuiciar su actitud conmigo, fue suficiente para que Castro no solo ordenara su arresto, sino además fuera hasta su celda para insultarlo a gritos por haber respaldado a un enemigo y haber puesto en duda la justicia revolucionaria. Al final le pidió que fuera a ver al jefe de la Seguridad del Estado. Abrantes lo recibió efusivo diciéndole que Fidel le encomendaba la tarea de visitar algunos planes especiales. Quería que Alberto estudiase sobre el terreno el funcionamiento de ellos y que le hiciera un informe detallado, y le entregó las llaves de un “Chevrolet Belair”.

—El lunes salgo para Las Villas. Estaré de regreso el jueves; trata de ser prudente porque las cosas pueden complicarse para todos.

A las cuarenta y ocho horas que siguieron a la reunión de la UNEAC, se produjeron las primeras reacciones internacionales. Eran de condena a los métodos represivos de Castro. Me llegaron varios cablegramas. Uno de Julio Cortázar: “Me siento más que nunca tu hermano”, otro de Evtushenko: “Te apoya y abraza tu hermano ruso: Eugenio”, otro, sin firmar, con las señas de “María Auxiliadora N.º 2”, procedente de Roma. Todos eran mensajes de adhesión; pero hubo uno que jamás pude esperar. Cuando oí por teléfono aquella voz, la voz inconfundible de Blas de Otero, quedé estupefacto. Su tono era resuelto y efusivo, si bien lacónico: “Herberto, te hablo desde Madrid. Quiero que sepas que estoy de tu parte y te abrazo. Y no firmaré nada contra ti. Que nadie te confunda. Nunca, óyelo bien, firmaré nada contra ti. Dale un abrazo a Belkis y a los demás. Sé que pronto nos veremos”.

No me dejó hablar. Su propósito estaba circunscrito al mensaje, a su testimonio de solidaridad; solo alcancé a decirle: “Gracias, te quiero, Blas”, pero su imagen adquirió de repente una impresionante cercanía. Pensé en Blas de Otero como si estuviese a un palmo de distancia, como en los días de su estancia habanera.

Nos habíamos conocido en París en 1962. Toda su vida estaba entregada al trabajo político, y su obra poética —una de las pocas realmente originales en castellano en los años cincuenta— era acogida y apreciada en todas partes. Por aquellos días supe que su nombre estaba propuesto como candidato al Premio Nobel de Literatura. Él, mientras tanto, trabajaba en sus mejores libros y su obra era traducida a numerosas lenguas. Blas de Otero era el nuevo poeta que el Partido esperaba, de manera que no tardaron las invitaciones de la Unión Soviética, China y de todos los países de la Europa del Este.

Lo animaba la idea de ir a Cuba. Soñaba con escribir todo un libro dedicado a la isla; pero sobre todo conocer un país de nuestro idioma en medio de una revolución.

Caminando por el Barrio Latino por la mañana o por la tarde, deteniéndonos en las librerías de viejo, tomando café negro y fumando como desesperados, Blas era la estampa del entusiasmo y la vitalidad, por lo menos conmigo. Otros me aseguraban que era un ser reconcentrado y arisco, casi inaccesible. Yo nunca lo vi así. Todas las ocasiones en que nos encontramos nos íbamos a recorrer sitios que él conocía y a discutir sobre los poetas que nos interesaban y sobre la poesía que era necesario escribir.

Y con los años, siempre encontramos la ocasión de hablar. Entonces, para mí era un ser vital y fraterno, hasta que logré conocerlo y supe realmente su verdadera enfermedad. Su llamada telefónica, en aquellas circunstancias fue para mí la más conmovedora manifestación de lealtad.

De Juan Goytisolo, de Julio Cortázar, recibí llamadas telefónicas inmediatamente después que la revista *Verde Olivo* comenzó sus ataques contra mí y contra los que consideraba escritores liberales; pero ni Juan, ni Julio, profesaban la militancia comunista de Blas de Otero. Es cierto que al enviarme su libro *Mientras*, en 1970, en medio de la ofensiva cada vez más creciente que me había tomado de blanco, rompía Blas el marco de rígida disciplina que adoptaron los comunistas españoles de la época de Franco, pero en mayo de 1971 yo era el hombre que salía de la cárcel, rodeado de la confusión que el gobierno cubano se encargó de propalar a través de las distorsionadas informaciones de Prensa Latina. Yo quedaba abruptamente condenado como enemigo de la Revolución. Esa era la postura oficial, y ya se sabe que ningún militante puede apartarse de ella.

Pensé en nuestras conversaciones en París, al comienzo de los años sesenta, cuando me habló preocupado, pero sin vacilaciones, de la expulsión de Jorge Semprún y Fernando Claudín del Partido Comunista español. No me ocultó sus simpatías

“

De Juan Goytisolo, de Julio Cortázar, recibí llamadas telefónicas inmediatamente después que la revista *Verde Olivo* comenzó sus ataques contra mí”



BELKIS CUZA MALÉ Y HEBERTO PADILLA, LA HABANA (1973) / ARCHIVO

por ambos hombres, pero estaba firmemente convencido que la decisión del Partido no era gratuita y él consideraba que un verdadero militante estaba obligado a acatarla. En mi caso actuaba por su cuenta y riesgo. Entonces comprendí que, más allá de cualquier ideología, lo más importante es haber compartido experiencias comunes. Un proceso revolucionario

al que había dedicado tres años de su vida en Cuba, y desde la noche solo pueden juzgarlo auténticamente quienes lo viven. Y Blas había dedicado tres años de su vida a Cuba, y desde la noche en que hice su presentación pública en el recital con que inauguró su estancia en nuestro país, empezamos a descubrir nuestras sorprendentes afinidades literarias

y artísticas. Blas se metió en la Revolución de cuerpo entero, y juntos recorrimos ciudades, pueblos, planes agrícolas, y juntos advertimos disparates e injusticias y lo que más le irritaba, la autosuficiencia de los burócratas que, en su opinión, hacían del marxismo una caricatura, aunque ya entonces para mí esa caricatura iba siendo su verdadero rostro.

¿Descubría a su regreso a España males idénticos en su propio Partido o, por el contrario, había sido el Partido el que llegó a sus mismas conclusiones? No lo sé. Aquella reacción espontánea de apoyo en aquellos momentos pasaban de mi teléfono a la cinta magnetofónica de la policía, y Blas no lo ignoraba. Había decidido, pues, que el Partido Comunista cubano lo supiese, que su “más alto nivel”, tan atento a las reacciones de solidaridad conmigo, lo supiese también. “Nadie me hará firmar nada contra ti”, y nada firmó. Su nombre no aparece junto al grupito de comunistas profesionales que se dieron prisa en correr a la Embajada de Cuba en Madrid para recibir órdenes de La Habana. Blas no acudió a buscarlas, ni nadie se atrevió a sugerírselo. El único poeta español que había vivido tres años en Cuba, que escribía poemas de elogio de las tareas revolucionarias, el único que hizo trabajo voluntario, mano a mano con nuestros campesinos, y que publicó en nuestras prensas la primera edición sin censura de su hermoso libro *Que trata de España*, no aceptó coonestar la decisión de devolver actualidad al grito ibérico de “Muera la inteligencia”. La historia lo hacía coincidir con Unamuno y, como él, tampoco supo renunciar a sus principios.

Como dicen que ocurre con la muerte, la voz de Blas desencadenó en mi mente todo el cúmulo de instantes compartidos a través de los años, en París, en Praga, en La Habana: aquellos tiempos del gran entusiasmo, del gran desconcierto y del gran pánico. ☉

**La mala memoria*. Herberto Padilla. Prólogo: Nati González Freire. Editorial Pliegos. España, 2008.

Fidel Castro aparece

HEBERTO PADILLA

Esta política de mano dura no conocía escrúpulos. Las primeras señas las ofreció la revista *Verde Olivo*: difamar, insultar. ¿Por qué la toleraba, o auspiciaba, Fidel Castro? Los escritores cubanos no ignorábamos la reacción hostil de los intelectuales extranjeros defensores, en su mayoría, de la Revolución cubana por la actitud del gobierno de apoyar la invasión soviética a Checoslovaquia, después de que la prensa cubana difundió durante tres días la más amplia y objetiva versión de los hechos, que hacía presumir con seguridad la condena de Cuba a la invasión. El propio Castro comenzó su discurso, en que admitió la “amarga necesidad” de aprobar la invasión, reconociendo que sus palabras defraudarían a muchas personas. Si esto era así, ¿por qué irritarse de tal modo ante el repudio internacional a su conducta, hasta el extremo de devolver el golpe a los escritores cubanos, que ni siquiera pudimos permitirnos el lujo de Evtushenko, que condenó la invasión desde el extranjero, donde se encontraba realizando una de sus tantas giras literarias, y que no sufrió represalia alguna al regresar a Moscú?; era este un acto simbólico, y al romperme la cabeza a mí, y al meterme en una celda, al mismo tiempo que a mi mujer, se hacía la morbosa ilusión de que era a Jean-Paul Sartre y a Simone

de Beauvoir a quienes estaba sometiendo a un duro castigo? No me sorprende, porque Fidel Castro ha vivido siempre fascinado por abolir esas desproporciones.

Enfrentarse a esta maniobra perfectamente orquestada, sin escrúpulos, era totalmente inútil. No hay valentía más estéril y anónima que la de un cubano que pretenda gritar su verdad frente a un equipo policial armado hasta los dientes. No dejarse provocar es el primer consejo que te dan los amigos, pues saben con todo lo que cuenta el provocador y todo lo que pierde su víctima. No hay más arma contra el matón que las de la inteligencia o la astucia. Frente a ellos, no es cuestión de cojones. Los del jefe del Estado están blindados por su aparato represivo, pero los de un escritor encarcelado son muy vulnerables a la patada y la tortura. “Los españoles vociferan: *esto es así por mis cojones*. Bueno, más grandes los tiene un toro y se los cortan”, decía Galán, un viejo asturiano que adoraba la corona británica, símbolo para él de toda la sabiduría del mundo, y que gritaba “¡Viva Inglaterra!” en aquella asfixiante cervecería cubana en que la orina competía con el chorro amarillento de una cerveza horrible, servirá al precio de un dólar en cualquier recipiente, porque jarras no había. El viejo sacaba de quicio a mis amigos Hubert Martínez Llerena y a Alberto Martínez Herrera, que solían acompañarme al

sitio, pero los tres sentíamos la amenazante cuchilla en el mismo sitio donde la sufre el toro.

Fue estando allí, en el hospital, que Fidel Castro vino a verme. Recuerdo el estruendo de rejas que se abrían a su paso y el movimiento espectacular de la escolta abriéndole paso en un sitio en que hasta los objetos se habrían arrodillado para hacerlo pasar; los gritos que lanzó a los policías: “Salgan todos y esperen en el pasillo” en tanto sus guardianes se esfumaban y él agitaba un *file*, y recorría el espacio a grandes zancadas evitando el mirarme de frente. “Aquí los únicos que tenemos que estar somos nosotros dos”. Se volvió teatralmente: “Porque hoy tengo bastante tiempo para hablar contigo y creo que tú también; y, además, tenemos bastante de qué hablar”.

Sí, tuvimos tiempo sin duda para hablar, o para que él hablara y se exhibiera a su gusto, y seagara en toda la literatura del mundo “porque echar a pelear revolucionarios no es lo mismo que echar a pelear literatos, que en este país no han hecho nunca nada por el pueblo, ni en el siglo pasado, ni en este; que están siempre trepados al carro de la historia...”. El imponente jefe que se alzaba soberbio frente al no menos imponente adversario vestido con un uniforme descolorido, con una cicatriz sangrante aún en la frente, con todo el cuerpo magullado por las inmortales patadas de la historia.

DEBATE >> EL CASO PADILLA CONTINÚA ABIERTO

Habla Padilla y parte el mundo en dos

NELSON RIVERA

La noche en que Heberto Padilla habló

A las 9 de la noche del 27 de abril de 1971, Heberto Padilla, sentado frente al micrófono, habla. Encadena 12 mil palabras.

**

En la madrugada de ese día, luego de pasar 37 días preso en calabozos de la Seguridad del Estado cubano, ha sido liberado. Nacido en enero de 1932, Padilla es cubano, poeta, narrador, periodista y políglota: además del español, domina otras seis lenguas.

**

Habla por 50 minutos, ante una audiencia atónita y cautiva. Salvo el sonido fugaz que algunos de los espectadores hacen para encender el siguiente cigarrillo, la voz de Padilla lo ocupa todo. Es un Padilla magnético, elocuente, histriónico. Hechizado por su propio verbo. Frente a un centenar de escritores y artistas, Padilla escenifica su peculiar auto de fe: denuncia y sentencia de sí mismo. Vibrante monólogo de autoinculpación.

**

Habla en la sede de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. La escena ha sido preparada por funcionarios de la Seguridad del Estado. Han elaborado la lista de los asistentes y los han citado. En el lugar hay cámaras que filman los hechos y agentes que controlan la entrada. Bajo la performance de Padilla, el espacio se reconvierte: ahora es una pequeña sala de teatro, donde cada palabra tiene eco. Larga reverberación.

**

Hay calor, humedad visible, la lenta humareda de los fumadores, colillas en el piso, la austeridad del empobrecimiento. Y las palabras de Padilla.

**

Habla y gesticula. Su cabeza baila sobre los hombros. Por momentos parece el muñeco maneado por un avieso titiritero. Aprieta la boca, la tuerce, toma una pequeña hoja de papel y la aprieta, la reduce, forma una pelotica entre las palmas de sus manos. Junta los hombros. Extiende los brazos como un ave rapaz. Con los minutos, el sudor le cubre el rostro. Los lentes, la nariz. La nariz, los lentes. El sudor. Una pátina de sudor. Sudor recubrimiento. El sudor de la tragedia.

**

Padilla es una corporeidad que contorsiona. Como si un Padilla interior, guardado dentro de su cuerpo, se revoliera ante el Padilla que habla. Como si pugnara por salir. Como si estuviera a punto de estallar. Como si el Padilla que habla no pudiese domesticar al que ha estallado en su interior.

**

Habla y dice: la generosidad de la Revolución ha autorizado el encuentro. Padilla lo ha solicitado y se le ha concedido. Por la generosidad de la Revolución. Por la generosidad de los compañeros de la Seguridad Nacional.

**

La ha pedido mientras estaba detenido. Ha reflexionado a lo largo de muchos días. Y lo ha pedido, insiste. Los compañeros de la Seguridad Nacional.

**

Contrarrevolucionario: tal el señalamiento. Habla Padilla y dice: hay fundamento. He injuriado y difamado. Es su vergüenza. La generosidad de la Revolución.

**

Habla y dice: son errores imperdonables. Incalificables. Censurables. He sido venenoso. Agresivo. Acre.

**

Habla Padilla: el escritor rebelde es un disfraz. Disfraz con que ocultaba su delito, su vergüenza: desafecto a la Revolución. Vulgar desafecto. Cuenta: lo discutió con los de la Seguridad Nacional. Su desafecto. Reiterado. Repetitivo. Su trabajo en contra y no a favor de la Revolución. Críticas de pasillo. Mala intención. Duplicidad.

**

Padilla encadenado: no se perdona no haber escuchado a quienes le advirtieron. Sin embargo, en los calabozos de la Seguridad del Estado ha visto sus errores. Lo ha pensado en la benévola



LOS BÁRBAROS / VASCO SZINETAR

atmósfera del calabozo y ha entendido la amoralidad de sus posiciones.

**

Narra. En 1966, al regresar de Europa, llega con la marca del resentimiento. Arremete contra Lisandro Otero, en El caimán barbudo. Arremete contra su amigo, que ha publicado la novela La pasión de Urbino. Despiadado. Peor: Otero le había prestado su casa de playa. Un mes. Pero eso no le ha impedido lanzarse contra Otero. Más grave aún: ha defendido a Cabrera Infante.

**

Agente de la CIA. Resentido por excelencia. Cabrera Infante. Enemigo irreconciliable de la Revolución. La generosidad de la Revolución. “Como si la verdad no fuera más importante que el estilo literario”.

**

Habla Padilla. No merezco esta intervención. No merezco estar libre. No merezco la polvareda internacional que se ha levantado. Desconocen mi vida de los últimos años. Deberían rectificar. “La Revolución cubana es superior al hombre con el que se han solidarizado”. Es justa. He analizado los hechos. Y los tribunales revolucionarios me han liberado. Tras “un mes de experiencia ejemplar”.

**

Venenoso. Petulante. Sin méritos revolucionarios. Malagradecido.

**

Y lo que es peor, dice Padilla, fue llevar sus posiciones hasta la poesía. “Yo inauguré el resentimiento, la amargura, el pesimismo, elementos que no son más que sinónimos de contrarrevolución en la literatura”.

**

Entre muecas y largos espasmos, habla de su libro. Padilla: ¿Y qué es Fuera de juego? ¿Un libro para transformar la sociedad? “Una forma de importar estados de ánimo ajenos, experiencias históricas ajenas”. Nada menos: “estados de ánimo ajenos”.

**

Más inteligentes que yo. Más jóvenes que yo. Los compañeros de la Seguridad Nacional.

**

“Y no digamos las veces que he sido injusto e ingrato con Fidel, de lo cual realmente nunca me cansaré de arrepentirme”.

**

“Recuerdo que llegué a cuidarme más de los organismos de la Seguridad del Estado que de los enemigos de la Revolución”.

**

Padilla: peor para los que no entiendan el valor moral de la autocrítica de Padilla. Peor para ellos. Si no entienden. Peor. Por la generosidad de la Revolución.

**

Agradezco sinceramente a la Revolución. Agradezco sinceramente a la Revolución.

**

“Y si yo estoy aquí libre ahora, si no he sido condenado, si no he sido puesto a disposición de los tribunales militares, es por esa misma

generosidad de nuestra Revolución”.

**

“Para mí lo más importante es la ética de la Revolución”. La ética. La ética.

La ética de la Revolución.

Sí, la ética. La ética de la Revolución.

**

“¿Y qué otro modo tiene de ser revolucionario un escritor sino haciendo que sus opiniones privadas coincidan con sus opiniones públicas?”.

**

No pueden.

Ustedes no pueden venir aquí.

Solo a escuchar la triste enumeración de un hombre que se arrepiente.

No pueden.

“Ustedes tienen que encontrar la comprobación, la identificación de sus propios defectos”.

Por la generosidad de la Revolución.

**

Belkis, mi propia mujer.

Pablo Armando Fernández, amigo de cosas positivas.

César López, autor de un libro hermosísimo.

José Yáñez, muchacho formidable.

Norberto Fuentes, joven de talento excepcional.

Manuel Díaz Martínez, a quien tanto admiro.

No me pueden desmentir.

No pueden.

**

Ha sufrido.

Ha acumulado amargura.

Resentimiento.

La he hecho sufrir.

Por los defectos de mi carácter.

Belkis.

No me puede desmentir.

**

Amigo que me ha prestado calor de hogar.

Últimamente está triste.

Enfermo.

Amargado.

Y, por lo mismo, contrarrevolucionario.

Pablo Armando Fernández.

No me puede desmentir.

**

Ha hecho conmigo análisis derrotistas.

Ha llevado su poesía a la épica de la derrota.

Lo ha enviado a España antes de que se publicase en Cuba.

Sabe que hay que rectificar.

César López.

No me puede desmentir.

**

Cuánto se diferencia su poesía.

De hace dos años y la más reciente.

Derrotista.

La misma línea enfermiza que la mía.

José Yanes.

A quien la Revolución le ha dado todo.

José Yanes.

Que tiene un empleo dignísimo en La Gaceta de Cuba.

José Yanes.

Que tiene una esposa, doctora en medicina.

José Yanes.

No me puede desmentir.

**

Me tiene afecto y me admira.

Conoció de cerca la lucha en contra de los bandidos.

Cuánta diferencia.

Entre aquellos cuentos apasionados.

Por los combatientes revolucionarios.

Norberto Fuentes.

No me puede desmentir.

**

A quien tanto admiro.

A quien tanta amistad debo.

Quien tantas muestras de solidaridad me dio.

¿Cómo es posible?

Desafecto, triste y amargado.

Manuel Díaz Martínez.

No me puede desmentir.

**

Sus juicios sobre la Revolución no han sido justos.

La Revolución ha sido justa.

Este año le ha publicado dos libros.

Hermosísimamente impresos.

José Lezama Lima.

No me puede desmentir.

No pueden.

Por la generosidad de la Revolución.

**

No vi en la Seguridad del Estado.

No vi.

No vi la atmósfera que me habían anunciado.

Vi soldados cubanos.

Vi nuestro pueblo.

Con sentido de humanidad.

“Con una constancia en su preocupación por cada uno de nosotros”.

Preocupación.

Por cada uno de nosotros.

Por cada uno.

**

No hemos estado a la altura.

A la altura de esta Revolución.

No hemos estado.

La generosidad de la Revolución.

**

“¿A cuántas zafras, a cuántas ha asistido un número significativo de escritores?”.

A ninguna.

Zafras: a ninguna.

**

“¿Qué se nos exigía?

Convivir con nuestros campesinos y con nuestros trabajadores”.

Nuestros campesinos.

Nuestros trabajadores.

La generosidad de la Revolución.

“Ese fue uno de los esfuerzos más generosos que la Revolución ha realizado para acercar a nuestros escritores a la realidad viva de nuestro pueblo”.

Acercar a los escritores a la realidad viva.

Nuestro pueblo.

La generosidad de nuestra Revolución.

Siempre.

**

Fueron increíbles diálogos.

Ni siquiera me han interrogado.

Me han hecho ver mis errores.

La Seguridad no era.

El organismo férreo, cerrado, de mi imaginación febril.

No era.

Me han hecho ver mis errores.

Ha sido una larga e inteligente.

Y brillante.

Y fabulosa.

Conversación.

Para asegurar generosidades como esta.

“Que a un hombre que como yo ha combatido a la Revolución se le dé la oportunidad de que rectifique radicalmente su vida”.

Para que la Revolución

No tenga nunca más

Nunca más

Que llamarnos a capítulo

Nunca más

La generosidad de la Revolución.

**

Nunca me cansaré.

Nunca.

La generosidad de la Revolución.

“Nunca me cansaré de agradecer a la Revolución cubana la oportunidad que me ha brindado de dividir mi vida en dos: el que fui y el que seré”.

Dividir mi vida en dos.

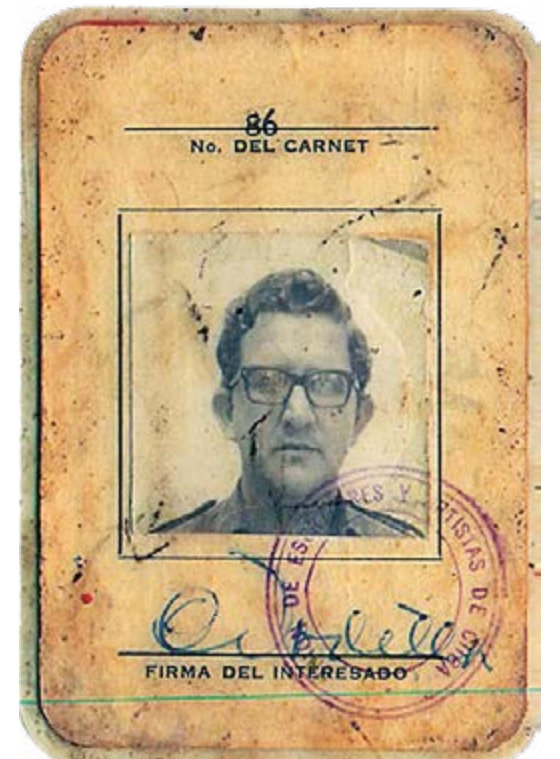
El que fui y el que seré.

Dividir mi vida.

Dividir la vida.

El que fui y el que seré.

Por la generosidad de la Revolución.



CARNET DE LA UNEAC / ARCHIVO

DEBATE >> EL CASO PADILLA CONTINÚA ABIERTO

“Fuera de la Revolución nada”

“Fidel Castro clausuró aquel 30 de junio su tercer y último encuentro semanal con los representantes de la intelectualidad cubana con un largo discurso, cuya exclusiva finalidad fue desarrollar un silogismo que le diera sentido razonable y absoluto a la terrible sentencia guevarista: si bien la Revolución defiende y garantiza el derecho a la libertad creativa de escritores y artistas, por encima de todo, incluso de los derechos y libertades de cada ciudadano, estaba el derecho de la Revolución a existir, un derecho, sostuvo con su firmeza habitual, que nadie, absolutamente nadie, tenía derecho a negar, de modo que dentro de la Revolución todo estaba permitido, pero fuera de ella nada, todo lo que se hiciera se hacía contra la Revolución”

ARMANDO DURÁN

¡Al poeta, despídanlo!
Ese no tiene nada que hacer.
No entra en el juego.
No se entusiasma.
No pone en claro su mensaje.
No repara siquiera en los milagros.

Estos versos de *Fuera de juego*, libro de Heberto Padilla que recibió el Premio Nacional de Poesía Julián del Casal de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba correspondiente al año 1968, fueron el detonante del escándalo internacional que pasó a la historia de la Revolución cubana como el “caso Padilla”. El desenlace de aquel ingrato incidente se produjo tres años después, la noche del 27 de abril de 1971, en la sede de la UNEAC, cuando Padilla, tras 37 días de riguroso aislamiento en una celda de la Seguridad del Estado, acusado de “traición a la Patria”, se presentó, a petición suya, sostuvo, ante una nutrida representación del mundo intelectual cubano. Durante varias horas de humillante y vergonzosa autocritica, “confesó” el crimen, pidió perdón por sus culpas, expresó la repulsión que sentía por sí mismo, acusó de haber cometido idéntica y repugnante deslealtad de poner en duda la verdad de la Revolución a algunos de los escritores y poetas presentes, como Norberto Fuentes, César López y Pablo Armando Fernández, y a otros ausentes, como José Lezama Lima y Belkis Cuza, su esposa, los exhortó a



SARTRE, GUEVARA Y FIDEL CASTRO / ©ALBERTO KORDA

rectificar públicamente su mala conducta, como él hacía en esos momentos, y agradeció el amable esfuerzo que durante sus 37 días de cautiverio hicieron sus interrogadores para ayudarlo a entender la inmensa y canalla magnitud de su delito.

Diez años antes, el 30 de junio de 1961, en un salón de la Biblioteca Nacional de Cuba, ante la protesta que habían manifestado algunos intelectuales cubanos por la censura al documental *PM* realizado por Sabá Cabrera, hermano de Guillermo Cabrera Infante, y Orlando Jiménez Leal, Fidel Castro decidió celebrar varias reuniones en la Biblioteca Nacional con escritores y artistas cubanos en unas jornadas de un inaudito debate sobre el papel que le correspondía desempeñar en el marco del naciente proceso revolucionario. Un tema que ahora, a dos meses de la derrota del imperialismo en las playas de Bahía de Cochinos, le daba una nueva y perentoria dimensión a la advertencia que había formulado Ernesto Che Guevara en los primeros días del amanecer revolucionario cubano sobre los intelectuales cubanos que, según él, no tenían derecho a la palabra, porque cargaban con el pecado original de no haber hecho la Revolución.

Fidel Castro clausuró aquel 30 de junio su tercer y último encuentro semanal con los representantes de la intelectualidad cubana con un largo discurso, cuya exclusiva finalidad fue desarrollar un silogismo que le diera sentido razonable y absoluto a la terrible sentencia guevarista: si bien la Revolución defiende y garantiza el derecho a la libertad creativa de escritores y artistas, por encima de todo, incluso de los derechos y libertades de cada ciudadano, estaba el derecho de la Revolución a existir, un derecho, sostuvo con su firmeza habitual, que nadie, absolutamente nadie, tenía derecho a negar, de modo que dentro de la Revolución todo estaba permitido, pero fuera de ella nada, todo lo que se hiciera se hacía contra la Revolución. Es decir, y ese fue su categórico mensaje no solo a los trabajadores intelectuales cubanos sino a toda la nación, que lo que no se ajustara con precisión a los valores y a los intereses de la Revolución ponía en peligro la existencia del proceso y, por lo tanto, lo que no se articulara en su forma y contenido al engranaje revolucionario, automáticamente pasaba a ser un delito contrarrevolucionario.

Aún faltaban, sin embargo, tres vueltas de tuerca para llegar a transformar a Fidel Castro, de simple líder máximo de la Revolución, o sea, de ser el primero entre unos pocos más o menos igua-

les, a ser reconocido como único líder y dueño de esa Revolución. El primer ajuste para alcanzar ese ambicioso objetivo fue la integración, en julio de ese año 1961, del Movimiento 26 de Julio, el Directorio Estudiantil Revolucionario y el Partido Socialista Popular, las tres organizaciones que habían participado en la lucha armada contra la dictadura, en una alianza que se llamó Organizaciones Revolucionarias Integradas. El segundo paso en esa dirección fue la fusión, el 26 de mayo del año siguiente, de las tres organizaciones en una sola, el Partido Unido de la Revolución Socialista, versión criolla de los europeos Frentes Populares de los años 30. Por último, el 3 de octubre de 1965, tras la purga de una parte de la vieja dirigencia comunista cubana acusada de pretender romper la unidad revolucionaria, se transformó el PURS en el nuevo Partido Comunista de Cuba, con Fidel Castro como su primer secretario y jefe único de todos los poderes. Para siempre.

Ese año se lanzó una implacable ofensiva revolucionaria contra lo que se llamó “diversionismo ideológico” y después se tomó la decisión de liquidar de un plumazo lo poco que aún quedaba de propiedad privada en Cuba, se respaldó, oficial y públicamente, la intervención de los tanques soviéticos en la perversa tarea de sofocar la primavera de Praga. Fue entonces cuando muchos jóvenes cubanos, entre ellos Padilla, que venía de trabajar dos años en la agencia de Prensa Latina en Moscú, se sintió “fuera de juego” en una Cuba cada día más burocratizada según el asfixiante modelo soviético. No obstante, Padilla no percibió los peligros que le acarrearía no aceptar el carácter implacable de la nueva realidad cubana y a principios de marzo de 1971 cometió el error de leer, en un recital organizado por Universidad de La Habana, varios poemas de su premiado pero estigmatizado libro *Fuera de juego*.

Hasta ahí llegó la paciencia de la Revolución con Padilla. Muy poco después del recital la Seguridad del Estado los detuvo a él y a Belkis Cuza y el suceso dio lugar a que un grupo de muy importantes intelectuales de las dos Américas y Europa, que hasta ese momento apoyaban contra viento y marea la Revolución cubana, firmaran una carta dirigida a Fidel Castro y publicada en el diario francés *Le Monde* en su edición del 9 de abril de 1971, en la que “los abajo firmantes”, entre ellos, Carlos Barral, Simone de Beauvoir, Italo Calvino, Jean Daniel, Margarete Duras, los hermanos Goytisolo, Alberto Moravia, Octavio Paz, Jean Paul

Sartre, Jorge Semprún y Mario Vargas Llosa señalan que, aunque reiteran su solidaridad con los principios y objetivos de la Revolución, “le dirigimos la presente para expresar nuestra inquietud debida al encarcelamiento del poeta y escritor Heberto Padilla y pedirle reexaminar la situación que este arresto ha creado”.

La respuesta de Fidel Castro a este correo fue el espectáculo protagonizado por Padilla aquella noche del 27 de abril de 1971, autocritica que en términos reales constituyó un golpe irreversible de los servicios de inteligencia y contrainteligencia de Cuba a la imagen de la Revolución en el corazón del mundo cultural de todo el mundo, que a su vez provocó la redacción de una segunda carta a Fidel Castro, firmada por los subscriptores de la primera, a quienes se añadió ahora, entre otros, otro grupo de importantes intelectuales como Giulio Einaudi, Juan Marsé, Pier Paolo Pasolini, Alain Resnais, José Revueltas, Juan Rulfo y Susan Sontag.

“Creemos un deber comunicarle”, le decían al todopoderoso primer ministro cubano, “nuestra vergüenza y nuestra cólera. El lastimoso texto de la confesión que firmara Heberto Padilla solo puede haberse obtenido por medio de métodos que son la negación de la legalidad y la justicia revolucionarias. El contenido y la forma de esa confesión, con sus acusaciones absurdas y afirmaciones delirantes, así como el acto en la UNEAC, en el cual el propio Padilla y los compañeros Belkis Cuza, Díaz Martínez, César López y Pablo Armando Fernández se sometieron a una penosa mascarada, nos recuerda los momentos más sórdidos de la época estalinista, sus juicios prefabricados y sus cacerías de brujas”.

En su magnífico libro de ensayos *La polis literaria* (Taurus, 2018), Rafael Rojas sostiene que aquella noche se produjeron, por los menos, dos fracturas, la “de una amplia y heterogénea comunidad internacional involucrada en el proceso político de la isla”, y el fin de lo que él califica como el periodo de “mayor conexión de América Latina y el Caribe con la Guerra Fría”. Pero además de desvanecer la utopía que todavía deslumbraba a buena parte de la intelectualidad mundial, el caso Padilla le presentó a todos, dentro y fuera de Cuba, el dilema irreversible de estar con la Revolución o contra la Revolución. Sin medias tintas ni pen-dejadas, como muchos años después, en noviembre de 2006, les planteó a los venezolanos Hugo Chávez, el gran aliado de Fidel Castro. Con todas sus consecuencias. ☉

Fuera de juego

A Yannis Ritzos,
en una cárcel de Grecia

¡Al poeta, despídanlo!
Ese no tiene nada que hacer.
No entra en el juego.
No se entusiasma.
No pone en claro su mensaje.
No repara siquiera en los milagros.
Se pasa el día entero cavilando.
Encuentra siempre algo que objetar.

¡A ese tipo, despídanlo!
Echen a un lado al aguafiestas,
a ese malhumorado
del verano,
con gafas negras
bajo el sol que nace.
Siempre
le sedujeron las andanzas
y las bellas catástrofes
del tiempo sin Historia.
Es
incluso
anticuado.
Solo le gusta el viejo Armstrong.

Tararea, a lo sumo,
una canción de Peter Seeger.
Canta
Entre dientes
La Guantnamera.

Pero no hay
quien lo haga abrir la boca,
pero no hay
quien lo haga sonreír
cada vez que comienza el espectáculo
y brincan
los payasos por la escena;
cuando las cacatúas
confunden el amor con el terror
y está crujiendo el escenario
y truenan los metales
y los cueros
y todo el mundo salta,
se inclina,
retrocede,
sonríe,
abre la boca
“pues sí,
claro que sí,
por supuesto que sí...”
y bailan todos bien,
bailan bonito,
como les piden que sea el baile.
A ese tipo, ¡despídanlo!
Ese no tiene aquí nada que hacer.

DEBATE >> EL CASO PADILLA CONTINÚA ABIERTO

Poemas de Heberto Padilla

En tiempos difíciles

A aquel hombre le pidieron su tiempo
para que lo juntara al tiempo de la Historia.
Le pidieron las manos,
porque para una época difícil
nada hay mejor que un par de buenas manos.
Le pidieron los ojos
que alguna vez tuvieron lágrimas
para que contemplara el lado claro
(especialmente el lado claro de la vida)
porque para el horror basta un ojo de asombro.
Le pidieron sus labios
resecos y cuarteados para afirmar,
para erigir, con cada afirmación, un sueño
(el-alto-sueño);
le pidieron las piernas,
duras y nudosas,
(sus viejas piernas andariegas)
porque en tiempos difíciles
¿algo hay mejor que un par de piernas
para la construcción o la trinchera?
Le pidieron el bosque que lo nutrió de niño,
con su árbol obediente.
Le pidieron el pecho, el corazón, los hombros.
Le dijeron
que eso era estrictamente necesario.
Le explicaron después
que toda esta donación resultaría inútil
sin entregar la lengua,
porque en tiempos difíciles
nada es tan útil para atajar el odio o la mentira.
Y finalmente le rogaron
que, por favor, echase a andar,
porque en tiempos difíciles
esta es, sin duda, la prueba decisiva.

Los poetas cubanos ya no sueñan

Los poetas cubanos ya no sueñan
(ni siquiera en la noche).

Van a cerrar la puerta para escribir a solas
cuando cruje, de pronto, la madera:
el viento los empuja al gairete;
unas manos los cogen por los hombros,
los voltean,
los ponen frente a otras caras
(hundidas en pantanos, ardiendo en el napalm)
y el mundo encima de sus bocas fluye
y está obligado el ojo a ver, a ver, a ver.

Poética

Di la verdad.
Di, al menos tu verdad.
Y después
deja que cualquier cosa ocurra:
que te rompan la página querida,
que te tumben a pedradas la puerta,
que la gente
se amontone delante de tu cuerpo
como si fueras
un prodigio o un muerto.

Dicen los viejos bardos

No lo olvides, poeta.
En cualquier sitio y época
en que hagas o en que sufras la Historia,
siempre estará acechándote un poema peligroso.

Instrucciones para ingresar en una nueva sociedad

Lo primero: optimista.
Lo segundo: atildado, comedido, obediente.
(Haber pasado todas las pruebas deportivas)
Y finalmente andar
como lo hace cada miembro:
un paso al frente, y
dos o tres atrás:
pero siempre aplaudiendo.

Arte y oficio

A los censores

Se pasaron la vida diseñando un patíbulo
que recobrase –después de cada ejecución–
[su inocencia perdida.

Y apareció el patíbulo,
diestro como un obrero de avanzada.
¡Un millón de cabezas cada noche!
Y al otro día más inocente
que un conductor en la estación de trenes,
verdugo y con tareas de poeta.



FOTOGRAMA DE EL CASO PADILLA / PAVEL GIRAUD

Para escribir en el álbum de un tirano

Protégete de los vacilantes,
porque un día sabrán lo que no quieren.
Protégete de los balbucientes,
de Juan-el gago, Pedro-el mudo,
porque descubrirán un día su voz fuerte.
Protégete de los tímidos y los apabullados,
porque un día dejarán de ponerse de pie cuando entres.

No fue un poeta del porvenir

Dirán un día:
él no tuvo visiones que puedan añadirse a la posteridad.
No poseyó el talento de un profeta
No encontró esfinges que interrogar
ni hechiceras que leyeran en la mano de su muchacha
el terror con que oían
las noticias y los partes de guerra.
Definitivamente él no fue un poeta del porvenir.
Habló mucho de los tiempos difíciles
y analizó las ruinas,
pero no fue capaz de apuntalarlas.
Siempre anduvo con ceniza en los hombros.
No develó ni siquiera un misterio.
No fue la primera ni la última figura de un cuádrivio.
Octavio Paz ya nunca se ocupará de él.
No será ni un ejemplo de los ensayos de Retamar.
Ni Alomá ni Rodríguez Rivera
Ni Wichy el pelirrojo
se ocuparán de él.
La Estilística tampoco se ocupará de él
No hubo nada extralógico en su lengua
Envejeció de claridad.
Fue más directo que un objeto.

Escrito en América

Ámalo, por favor, que es el herido
que redactaba tus proclamas,
el que esperas que llegue a cada huelga;
el que ahora mismo tal vez estén sacando de una casa
a bofetadas,
el que andan siempre buscando en todas partes
como a un canalla.

La visitante

Mi absurda persuasión abriéndole cada noche la puerta;
pero la poesía no entra.
Ella no elige noches para entrar. Ningún
dominio impone –como afirman– de noche.

A cualquier hora el mundo la desplaza
y ella mete en los ojos un círculo perplejo.
Es que llega del polvo,
involuntaria.

¿Quién va a pararse entonces?
¿Quién va a asomarse para verla?
¿Quién es capaz de abrirle,
de hablarle a esa extranjera?

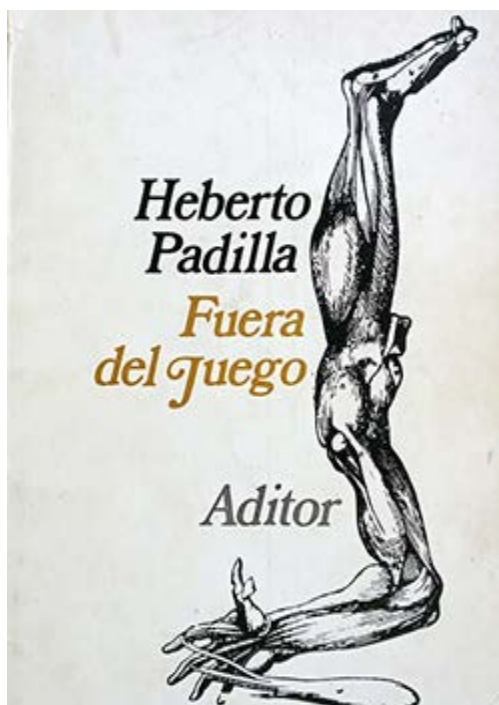
La vuelta

Te has despertado por lo menos mil veces
buscando la casa en que tus padres te protegían contra el mal
tiempo, buscando
el pozo negro donde oías el tropel
de las ranas, las tataguas que el viento hacía volar
a cada instante.

Y ahora que es imposible
te pones a gritar en el cuartó vacío
cuando hasta el árbol del potrero
canta mejor que tú el aria de los años perdidos.

Ya eres el personaje que observa, el rencoroso,
cogido, irremediable, por lo que ves
y mañana te será tan ajeno como hoy lo eres
a todo cuanto pasó sin que fueras capaz
de comprenderlo,
y el pozo seguirá cantando lleno de ranas
y no podrás oírlos
aunque peguen brincos delante de tu oreja;
y no solo tataguas, sino tu propio hijo
ya ha comenzado a devorarte
y ahora lo estás mirando vestido con tu traje,
meando detrás del cementerio, con tu boca
y tus ojos y tú como si tal cosa.

*Pertencen todos al libro *Fuera de juego*.



DEBATE >> EL CASO PADILLA CONTINÚA ABIERTO

Un recorrido por el Caso Padilla

Los hechos antes de la autoinculpación de Padilla

Revista *El Caimán Barbudo*, edición del 15 de junio de 1967:

Padilla es uno de tres escritores encuestados. Tema de la consulta: *Pasión de Urbino*, novela de Lisandro Otero, funcionario del régimen. Dice Heberto Padilla: pastiche de Carpentier y Durrell. Prosa cargada de andariveles. Salto a la banalidad, inadmisibles a los 35 años. Lo compara con Cabrera Infante, ya exiliado. *Tres tristes tigres*: “una de las novelas más brillantes, más ingeniosas y profundamente cubanas que hayan sido escritas alguna vez”. Padilla deja caer su látigo: contra los burócratas del Ministerio de Relaciones Exteriores y contra la Unión de Escritores y Artistas (“casarón de figurones”).

★★

En la misma edición, 15 de junio de 1967:

Los responsables de *El Caimán Barbudo* hacen frente a Padilla (*El Caimán Barbudo* era el suplemento cultural de *Juventud Rebelde*, fundado en 1965, órgano de la Unión de Juventudes Comunistas; su director era el escritor Jesús Díaz). Esgrimen un argumento de insolita precariedad: “Solo la respuesta de Heberto Padilla no se ajusta a lo pedido”. Otra frase producto del mismo patetismo: “Al responder a la encuesta sobre la novela de Lisandro Otero, parece que el poeta Padilla estaba mentalmente situado en el pasado”. Agregan: la emprende a mandarriazos contra Otero. Desborda los límites de la crítica literaria. Su virulencia es desproporcionada en relación a la brevedad de la novela. Ataca a Lisandro Otero y lo opone a Cabrera Infante. Juzga a Cuba con esquemas importados. Al novelista que está en Cuba le opone uno que ha emigrado. “Nuestros enemigos podrán acusarnos con razón de haber prohibido la explotación del hombre por el hombre, pero no un cuadro, una novela, una película, una composición musical, una obra de teatro, sean de la tendencia que sean”.

★★

La respuesta de Padilla se publica en *El Caimán Barbudo*, edición del 19 de marzo de 1968:

Va dirigida a la Redacción saliente. Les dice: ya no basta tener una opinión. Hay que tener la opinión que la Redacción quiere. Cuando comparé a Otero con Cabrera Infante, ejemplo indiscutible, comparé la diferencia entre ramplonería y talento literario. La Redacción especula sobre lo que pienso. *Proyectar*: me atribuyen sus propios pensamientos. No escribo con la moral del perseguido, característica de una sociedad de explotadores. Ejercer un deber y un derecho. La de Otero: novelita, cuyo título parece extraído de Corín Tellado. Es falso el dilema entre el novelista que está aquí y el novelista emigrado. El dilema es entre el libro malo y li-

bro bueno. “Ciertos marxistas religiosos aseguran por ahí que revolucionario verdadero es el que más humillaciones soporta: no el más disciplinado sino el más obediente; no el más digno, sino el más manso”. No enjuicio a la sociedad cubana. Ni uso esquemas importados. Ni de otros tiempos. “En tan corta vida revolucionaria hemos tenido, incluso, nuestro estalinismo en miniatura, nuestro Guanahacabibes, nuestra *dolce vita*, nuestra UMAP. Si estos errores han sido superados—dejando por supuesto, sus huellas—es porque la naturaleza de nuestra Revolución los rechaza orgánicamente”.

★★

A continuación, el comunicado de la Redacción entrante. Junio de 1968:

Categorico comienzo: la polémica está mal planteada. Padilla confundió política, política cultural y opiniones personales. Las suyas fueron frases sin fundamentar, no una crítica literaria. Se refiere menos a dos novelas que a dos escritores arquetípicos en la historia literaria del socialismo: el escritor perseguido y el escritor burócrata, el yogi y el comisario. Padilla sabe que miente. Sabe que no se hizo la encuesta por tratarse de un novelista-vicepresidente. Se le incluyó porque su “opinión adversa” era conocida. La Redacción se proponía contraponerla a la apología de otro encuestado. Sigue una larga consideración al asunto de Cabrera Infante, que no es el objeto de esta recapitulación. Y, a continuación, otra más larga, que debate la afirmación de Padilla contenida en la encuesta, de que Otero tendría dos opciones: “el destino del burócrata de la cultura, que a duras penas podrá escribir divertimentos, o del escritor revolucionario que se plantea diariamente su humilde, grave y difícil tarea en su sociedad y en su tiempo”. Hay una tercera posibilidad, distinta del burócrata y del rebelde sin causa, que “depende en gran medida de la actitud de los intelectuales verdaderamente revolucionarios frente a su realidad”.

★★

Lisandro Otero, aparece, finalmente, en las páginas de junio de 1968:

Arbitrariedad: en vez de ofrecer una opinión literaria, Padilla hizo una nota política para oponer al escritor que vive en Cuba al escritor que vive en el extranjero. Usó mi novela para hablar de política. Se observa incompreensión y distanciamiento del proceso cubano, a partir de 1959. Se vanagloria de no haber hablado a la BBC de “un problema interno cubano”. “Parece no comprender Padilla que el hecho de no traicionar no constituye una prenda de conducta de un cubano, ni siquiera el cumplimiento de un deber, sino la manifestación espontánea y natural de un estado de conciencia. Algo que debe ejercerse tan normalmente como beber un vaso de agua”. Ha pasado más de la mitad del proceso en el extranjero. “Padilla habla con acritud del ‘novelista-funcionario’. En mayor o menor cuantía todos somos en Cuba funcionarios salvo los que trabajan por

cuenta propia y de esos ya se encargó la Ofensiva Revolucionaria”. Y sigue con el asunto de Cabrera Infante, que “juega a Iván Bunin”: “A partir del primero de enero de 1959 no tiene justificación para un escritor cubano residir fuera del ámbito esencial que debe conformar su obra. Porque el divorcio entre escritor y sociedad ha desaparecido (...) Solo se puede partir al extranjero por altas necesidades de la Revolución misma y con la encomienda de una tarea concreta”. Padilla toma de Solzhenitsyn la idea de la literatura como semejante a la campana del bombero: para avisar de los peligros morales y sociales. La idea de la literatura como insumisión o rebeldía es propia de escritores de la burguesía.

★★

Noviembre de 1968:

El hito siguiente, ataque a Padilla, de Leopoldo Ávila (seudónimo que, entiendo, no se ha develado de forma definitiva, pero que, de forma mayoritaria, se atribuye a José Antonio Portuondo). Su artículo fue publicado en la revista *Verde Olivo*. Elogia y critica al Padilla de *El justo tiempo humano* (1962): poemas de alto nivel y poemas flojos (“manoseados”). Lo que sigue es denigratorio: afecto a las comodidades; separado de su trabajo por ciertas irregularidades; récord como viajero; desconectado de la realidad cubana. “Parecía que con *El justo tiempo humano* se había agotado una promesa. O es que el ajeteo de los aeropuertos internacionales, el corre-corre tras las vacunas y otros formalismos, y el andar despreocupado y boquiabierto por capitales europeas gastando alegremente dólares que se le entregaban para otra finalidad, no le dejaba tiempo para las musas. Y eso lo decimos con tristeza; no desconocemos la relación directa que hay entre los dólares que gastaba Padilla y el sudor de nuestros macheteros”. No venía al caso: aprovechó la encuesta de *El Caimán Barbudo*, defendió a Cabrera y atacó a la Revolución con frases destinadas al público extranjero. Padece manía persecutoria. Problemas que no son nuestros. No son críticas “desde la Revolución sino contra ella”. En lo que cesaron cargos y privilegios, pasó a la contrarrevolución. “Ajeno y enemigo de la realidad revolucionaria, se entretiene publicando venenosas pullas”. A continuación, Ávila desgrana fragmentos de los poemas de *Fuera de juego*, que hablan de realidades inexistentes en la Cuba revolucionaria. Ávila habla de poemas “francamente contrarrevolucionarios”. No escribe para los revolucionarios, ni para el pueblo “que sabe la verdad”. Escritor de tercera o cuarta fila. En su carrera por entregarse a la CIA ha llegado tarde: otros avanzaron y viven de sus beneficios.

Premio a *Fuera de juego*, 1968

Jurado: José Z. Tallet, Manuel Díaz Martínez, César Calvo, José Lezama Lima y J. M. Cohen (que dejó su voto por escrito con la siguiente frase: “Este libro hubiese ganado un premio en cualquier país del mundo occidental”).

★★

Voto razonado del jurado:

“Los miembros del jurado del género poesía que hemos actuado en el concurso UNEAC de 1968, acordamos unánimemente conceder el Premio “Julián del Casal” al libro intitolado *Fuera del juego*, de Heberto Padilla.

Puesto que ningún otro libro, a nuestro juicio, tenía méritos suficientes para disputarle el premio al que resultó vencedor, acordamos, además, no otorgar menciones honoríficas.

Consideramos que, entre los libros que concursaron, *Fuera del juego* se destaca por su calidad formal y revela la presencia de un poeta en posesión plena de sus recursos expresivos.

Por otra parte, en lo que respecta al contenido, hallamos en este libro una intensa mirada sobre problemas fundamentales de nuestra época y una actitud crítica ante la historia. Heberto Padilla se enfrenta con vehemencia a los mecanismos que mueven la sociedad contemporánea, y su visión del hombre dentro de la historia es dramática y, por lo mismo, agónica (en el sentido que daba Unamuno a esta expresión, es decir, de lucha).

Padilla reconoce que, en el seno de los conflictos a que lo somete la época, el hombre actual tiene que situarse, adoptar una actitud, contraer un compromiso ideológico y vital al mismo tiempo, y en *Fuera del juego* se sitúa del lado de la Revolución, se compromete con la Revolución, y adopta la actitud que es esencial al poeta y al revolucionario: la del inconforme, la del que aspira a más porque su deseo lo lanza más allá de la realidad vigente.

Aquellos poemas, cuatro o cinco a lo sumo, que fueron objetados, habían sido publicados en prestigiosas revistas cubanas del actual momento revolucionario. Así, por ejemplo, el poema “En tiempos difíciles” había sido publicado en la revista *Casa de las Américas*, número 42, sin que en el momento de su publicación se engendrara



LOS BÁRBAROS / VASCO SZINETAR

ningún comentario desfavorable.

Otros poemas habían sido publicados en la revista del Consejo Nacional de Cultura y en la de la UNEAC, así como en revistas extranjeras que muestran un apasionado entusiasmo por nuestra Revolución.

La fuerza y lo que le da sentido revolucionario a este libro es, precisamente, el hecho de no ser apoloético, sino crítico, polémico, y estar esencialmente vinculado a la idea de la Revolución como la única solución posible para los problemas que obsesionan a su autor, que son los de la época que nos ha tocado vivir.

★★

15 de noviembre de 1968. Reacciona la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, no solo al premio otorgado a Padilla, sino también a Antón Arrufat, por su obra dramaturgía, *Los siete de Tebas*. Ambos son conflictivos en lo político. Ambos serán publicados. Se incluirá una nota, firmada por el Comité Directivo, que consignará el desacuerdo, ya que ambos son ideológicamente contrarios a la Revolución. La Revolución ha respetado la libertad de expresión. “Esta tolerancia, que buscaba la unión de todos los creadores literarios y artísticos, fue al parecer interpretada como un signo de debilidad favorable a la intensificación de una lucha cuyo objetivo último no podía ser otro que el intento de socavar la indestructible firmeza ideológica de los revolucionarios”. Desde el título mismo, *Fuera de juego*, “deja explícita la autoexclusión del autor de la vida cubana”. Defiende el individualismo ante las necesidades de la sociedad, propio de la ideología liberal burguesa. Según Padilla el desobediente es el digno. El revolucionario, un acomodado. Habla desde la actitud propia del intelectual del capitalismo, que solo puede escoger entre el escepticismo o el rechazo crítico. “La Revolución cubana no propone eliminar la crítica ni exige que se le hagan cantos apoloéticos. No pretende que los intelectuales sean corifeos sin criterio. La obra de la Revolución es su mejor defensora ante la historia, pero el intelectual que se sitúa críticamente frente a la sociedad debe saber que, moralmente, está obligado a contribuir también a la edificación revolucionaria”. Su ataque a la UNEAC es propio de un oportunista, carente de ética. Su defensa de Cabrera Infante constituye una adhesión al enemigo, “quien se declaró públicamente, enemigo de la Revolución”.

★★

5 de agosto de 1968. Tomás Eloy Martínez, entonces jefe de redacción del semanario *Primera Plana* (Argentina), entrevistó a cinco escritores—Severo Sarduy, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar y Guillermo Cabrera Infante—, sobre “Los novelistas exiliados”. Apareció en la edición #292, 30 de julio al 5 de agosto de 1968. Un fragmento de la respuesta de Guillermo Cabrera Infante:

“Heberto Padilla escribe un elogio a *Tres tristes tigres* y, con un golpe de dedos que no abolirá al zar, da comienzo a la polémica mencionada. A la semana es cesanteado de ese diario oficial cuyo nombre recuerda demasiado a Caperucita Roja: “*Granma, what great big teeth you have!*” Ahora, después de meses de suspensión de salida y con otra Redacción (castigada la anterior, supongo, por haber hecho pública la polémica), *El Caimán* publica a Padilla su “Respuesta a la Redacción”, cierre de la polémica, y, dispuesto ya a viajar a Italia para ver su libro de poemas editado por Feltrinelli, con pasaje comprado en Milán, le es abruptamente retirado su permiso de salida, quitado su pasaporte y de nuevo cesanteado. Las últimas noticias presentan a Padilla en la posición de toda persona inteligente y honesta en el mundo comunista: un exiliado interior con solo tres opciones—el oportunismo y la demagogia en forma de actos de contricción política, la cárcel o el exilio verdadero”.

(Continúa en la página 7)



LOS BÁRBAROS / VASCO SZINETAR

DEBATE >> EL CASO PADILLA CONTINÚA ABIERTO

Un recorrido por el Caso Padilla

(Viene de la página 6)

**

20 de mayo de 1969. Julio Cortázar al Semanario Primera Plana: “La polémica sobre Padilla es, en verdad, una crisis de crecimiento”.

**

Jorge Edwards, en *Persona non grata*, 1973: “En el mes de enero había dado un recital en la UNEAC, con gran asistencia de público joven, que llenó la sala, los corredores adyacentes y hasta los sectores del jardín que se hallaban cerca de las ventanas. Padilla leyó poemas inéditos de un libro que se titulaba, para evitar toda posibilidad de error, *Provocaciones*. Ya que el recital lo había organizado oficialmente la UNEAC, no había ninguna razón para que yo no asistiera. Sin embargo, tenía un compromiso diplomático y llegué al final. Los poemas, que no alcanzaba a escuchar desde el pasillo, detrás de un muro de jóvenes que se empujaban para escuchar al poeta, eran recibidos con estruendos aplausos.

Excitado, exaltado por el éxito, Padilla me dijo al saludarme que también había asistido el primer secretario de la embajada de China y la agregada cultural inglesa. Lo invité con Belkis y unos amigos a tomar unos tragos en el hotel. Con recitales en la UNEAC, invitaciones a cócteles diplomáticos y suite en el Habana Riviera, el poeta recién casado, cuya esposa era por añadidura un personaje literario, parecía hallarse en la cúspide del éxito y de la consagración oficial. Quizás pensaba, al término del recital, que la gran asistencia de público y la presencia de tres diplomáticos extranjeros constituían un escudo sólido. Dicho pensamiento no habría sido más que una prueba adicional de que nadie puede aprender de la experiencia ajena”.

**

Un poema del libro *Provocaciones*:

A veces

A veces es necesario y forzoso que un hombre muera por un pueblo, pero jamás ha de morir todo un pueblo por un hombre solo.

Esto no lo escribió Heberto Padilla, cubano, sino Salvador Espriu, catalán. Lo que pasa es que Padilla se lo sabe

[de memoria, le gusta repetirlo, le ha puesto música; ahora lo cantan en coro sus amigos: lo cantan todo el tiempo igual que Malcolm Lowry tocando el ukelele.

La autoinculpación

En la mañana del 20 de marzo de 1971, Heberto Padilla fue detenido. Permaneció 37 días detenido. También su esposa, Belkis Cuza Malé fue detenida. A ella la liberaron al tercer día. Les acusaron de “actividades subversivas”.

Heberto Padilla fue liberado la madrugada del 27 de abril de 1971. Ese mismo día, a las 9 pm. escenifica su monólogo auto inculpatario.

Hechos posteriores a la autoinculpación de Padilla

2 de abril de 1971. Carta del PEN Club de México a Fidel Castro:

“Los suscritos, miembros del PEN Club de México y simpatizantes de la lucha del pueblo cubano por su independencia, desaprobamos la aprehensión del poeta Heberto Padilla y deploramos las declaraciones que en torno a este hecho le atribuye a usted la agencia France Press.

Nuestro criterio común afirma el derecho a la crítica intelectual lo mismo en Cuba que en cualquier otro país. La libertad de Heberto Padilla nos parece esencial para no terminar, mediante un acto represivo y antidemocrático, con el gran desarrollo del arte y la literatura cubanas.

Firman, entre otros: Carlos Fuentes, Juan García Ponce, Vicente Eduardo Lizalde, Marco Antonio Montes de Oca, José Emilio Pacheco, Octavio Paz, Carlos Pellicer, José Revueltas, Juan Rulfo, Jesús Silva Herzog, Ramón Xirau, Gabriel Zaid.

**

5 de abril de 1971. Carta de Ángel Rama a Roberto Fernández Retamar:

“No tengo por qué decirte que si por un lado la seguridad y la libertad de Heberto y Belkis me

inquietan sobremanera, dado que en el pasado que yo les conozco no hay ningún motivo para justificar un encarcelamiento, por otro lado el efecto de esta detención es catastrófico para la Revolución. Tú sabes muy bien que no pertenezco a los que se dicen integrantes del mandarinismo intelectual ni me gusta ser el fiscal de los dirigentes revolucionarios, posiciones casi ridículas en nuestro tiempo; por lo tanto es comprensible que si la Revolución debe enfrentar un peligro grave esté dispuesta a pasar por alto sobre los dañinos juicios que eso provoca en el exterior. Pero en este caso la detención de un escritor –cuya obra ha sido objeto de una crítica tan pedestre y deformante como pasó con su libro y que separado de todo cargo de responsabilidad difícilmente podía perjudicar a nadie– se presenta como un hecho sin justificación que aviva las naturales inquietudes de quienes no hace tanto, apenas dos años, vieron en Checoslovaquia destituir a decenas de escritores y encarcelarlos”.

**

9 de abril de 1971. Primera carta de los intelectuales a Fidel Castro.

Comandante Fidel Castro:

“Los abajo firmantes, solidarios con los principios y objetivos de la Revolución cubana, le dirigimos la presente para expresar nuestra inquietud debida al encarcelamiento del poeta y escritor Heberto Padilla y pedirle reexamine la situación que este arresto ha creado.

Como el gobierno cubano hasta el momento no ha proporcionado información alguna relacionada con este arresto, tememos la reaparición de una tendencia sectaria mucho más violenta y peligrosa que la denunciada por usted en marzo de 1962, y a la cual el comandante Che Guevara aludió en distintas ocasiones al denunciar la supresión del derecho de crítica dentro del seno de la Revolución.

En estos momentos –cuando se instaura en Chile un gobierno socialista y cuando la nueva situación creada en el Perú y Bolivia facilita la ruptura del bloqueo criminal impuesto a Cuba por el imperialismo norteamericano– el uso de medidas represivas contra intelectuales y escritores quienes han ejercido el derecho de crítica dentro de la Revolución puede únicamente tener repercusiones sumamente negativas entre las fuerzas antimperialistas del mundo entero, y muy especialmente en la América Latina, para quienes la Revolución cubana representa un símbolo y estandarte.

Al agradecerle la atención que se sirva prestar a nuestra petición, reafirmamos nuestra solidaridad con los principios que inspiraron la lucha en la Sierra Maestra y que el gobierno revolucionario de Cuba ha expresado tantas veces por medio de las palabras y acciones de su Primer Ministro, del comandante Che Guevara y de tantos otros dirigentes revolucionarios”.

Firman, entre otros: Simone de Beauvoir, Italo Calvino, Julio Cortázar, Jean Daniel, Marguerite Duras, Hans Magnus Enzensberger, Jean-Pierre Faye, Gabriel García Márquez, Juan Goytisolo, Luis Goytisolo, Dionys Mascolo, Alberto Moravia, Maurice Nadeau, Octavio Paz, Claude Roy, Jean-Paul Sartre, Jorge Semprún, Mario Vargas Llosa.

**

28 de abril de 1971. Mario Benedetti:

“En este momento yo solo conozco la síntesis. Me imagino cuál será ahora la arremetida de toda la gran prensa del pudoroso Mundo Libre: que es una muestra más de estalinismo, que la carta es una confesión del tipo de los procesos de Praga, etc., etc., etc. No podrán decir que ‘fue salvajemente torturado’, porque me imagino que el Bebo estará tan rubicundo y lozano como cuando se instalaba en el Hotel Nacional, a la caza de karoles y cortázares”.

**

30 de abril de 1971. Fragmento del discurso de Fidel Castro, clausura Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, Cuba:

“Hay que estar locos de remate, adormecidos hasta el infinito, marginados de la realidad del mundo, para creer que estos no son nuestros problemas, para ignorar estos reales problemas que tenemos nosotros, que van desde el libro de texto, el medio audiovisual, el programa, la articulación de los programas, los métodos de enseñanza, los niveles, las preparaciones, etcétera, etcétera, etcétera. Y creen que los problemas de este país pueden ser los problemas de dos o tres ovejas descarriadas que puedan tener algunos problemas con la Revolución, porque ‘no les dan el derecho’ a seguir sembrando el veneno, la insidia y la intriga en la Revolución.



LOS BÁRBAROS / VASCO SZINETAR

Por eso, cuando trabajábamos en estos días en el Congreso, algunos decían que seguramente a eso me iba a referir yo esta noche. Pero, ¿por qué? ¿Por qué tengo que referirme a esas basuras? ¿Por qué tenemos que elevar a la categoría de problemas de este país problemas que no son problemas para este país? ¿Por qué, señores liberales burgueses? ¿Acaso no sienten y no palpan lo que opina y lo que expresa la masa de millones de trabajadores y campesinos, de millones de estudiantes, de millones de familias, de millones de profesores y maestros, que saben de sobra cuáles son sus verdaderos y fundamentales problemas?

Algunas cuestiones relacionadas con chismografía intelectual no han aparecido en nuestros periódicos. Entonces: ¿Qué problema, qué crisis, qué misterio, que no aparecen en los periódicos? Es que, señores liberales burgueses, esas cuestiones son demasiado intrascendentes, demasiado basura para que ocupen la atención de nuestros trabajadores y las páginas de nuestros periódicos”.

**

5 de mayo de 1971. Carta de Mario Vargas Llosa a Haydeé Santamaría:

“Le presento mi renuncia al comité de la revista *Casa de las Américas*, al que pertenezco desde 1965, y le comunico mi decisión de no ir a Cuba a dictar un curso, en enero, como le prometí durante mi último viaje a La Habana. Comprenderá que es lo único que puedo hacer luego del discurso de Fidel fustigando a los escritores latinoamericanos que viven en Europa, a quienes nos ha prohibido la entrada en Cuba por tiempo indefinido e infinito. ¿Tanto le ha irritado nuestra carta pidiéndole que esclareciera la situación de Heberto Padilla? ¿Cómo han cambiado los tiempos!

Recuerdo muy bien esa noche que pasamos con él, hace cuatro años, y en la que admitió de buena gana las observaciones y las críticas que le hicimos un grupo de esos intelectuales extranjeros, a los que ahora llama canallas. De todos modos, había decidido renunciar al comité y a dictar ese curso, desde que leí la confesión de Heberto Padilla y los despachos de Prensa Latina sobre el acto de la UNEAC en el que los compañeros Belkis Cuza Malé, Pablo Armando Fernández, Manuel Díaz Martínez y César López hicieron su autocrítica.

Conozco a todos ellos lo suficiente como para saber que ese lastimoso espectáculo no ha sido espontáneo, sino prefabricado como los juicios estalinistas de los años treinta. Obligar a unos compañeros, con métodos que repugnan a la dignidad humana, a acusarse de traiciones imaginarias y a firmar cartas donde hasta la sintaxis parece policial, es la negación de lo que me hizo abrazar desde el primer día la causa de la Revolución cubana: su decisión de luchar por la justicia sin perder el respeto a los individuos.

No es este el ejemplo del socialismo que quiero para mi país. Sé que esta carta me puede acarrear invectivas: no serán peores que las que he merecido de la reacción por defender a Cuba. Atentamente, Mario Vargas Llosa.

**

14 de mayo de 1971. Fragmento respuesta de Haydeé Santamaría a Mario Vargas Llosa:

“Usted no ha tenido la menor vacilación en sumar su voz –una voz que nosotros contribuimos a que fuera escuchada– al coro de los más feroces enemigos de la Revolución cubana, una Revolución que tiene lugar, como hace poco recordó Fidel, en una plaza sitiada, en condiciones durísimas, a noventa millas del imperio que ahora mismo agrede salvajemente a los pueblos indochinos. [...] Cuando en abril de 1967 usted quiso saber la opinión que tendríamos sobre la aceptación por usted del premio venezolano Rómulo Gallegos, otorgado por el Gobierno de Leoni, que significaba asesinatos, represión, traición a nuestros pueblos, nosotros le propusimos ‘un acto audaz, difícil y sin precedentes en la historia cultural de nuestra América’: le propusimos que aceptara ese premio y entregara su importe al Che Guevara, a la lucha de los pueblos. Usted no aceptó esa sugerencia: usted se guardó ese dinero para sí, usted rechazó el extraordinario honor de haber contribuido, aunque fuera simbólicamente, a ayudar al Che Guevara. Lo menos que podemos pedirle hoy los verdaderos compañeros del Che es que no escriba ni pronuncie más ese nombre que pertenece a todos los revolucionarios del mundo, no a hombres como usted, a quien le fue más importante comprar una casa que solidarizarse en un momento decisivo con la hazaña del Che. ¿Qué deuda impagable tiene usted contraída con los escritores latinoamericanos, a quienes no supo representar frente al Che a pesar de la oportunidad única que se le dio! [...] Hombres como usted, que anteponen sus mezquinos intereses personales a los intereses dramáticos de lo que Martí llamó ‘nuestras dolorosas Repúblicas’, están de más en este proceso. Confiamos, seguiremos confiando toda la vida, en los escritores que en nuestro continente ponen los intereses de sus pueblos, de nuestros pueblos, por encima de todo; en los que pueden invocar los nombres de Bolívar, Martí, Mariátegui y Che. Son ellos los que darán, los que le están dando ya, como en su propia tierra acaban de hacer los mejores escritores peruanos, la respuesta que usted merece. Solo le deseo, por su bien, que algún día llegue usted a arrepentirse de haber escrito esa carta pública que constituirá para siempre su baldón; de haberse sumado a los enemigos de quienes en esta Isla hemos estado y estaremos dispuestos a inmolarlos, como nuestros compañeros vietnamitas, como nuestro hermano Che, por defender ‘la dignidad plena del hombre’”.

(Continúa en la página 8)

DEBATE >> EL CASO PADILLA CONTINÚA ABIERTO

Un recorrido por el Caso Padilla

(Viene de la página 7)

**

21 de mayo de 1971. Segunda carta de los intelectuales a Fidel Castro:

“Creemos un deber comunicarle nuestra vergüenza y nuestra cólera. El lastimoso texto de la confesión que ha firmado Heberto Padilla solo puede haberse obtenido por medio de métodos que son la negación de la legalidad y la justicia revolucionarias. El contenido y la forma de dicha confesión, con sus acusaciones absurdas y afirmaciones delirantes, así como el acto celebrado en la UNEAC, en el cual el propio Padilla y los compañeros Belkís Cuza, Díaz Martínez, César López y Pablo Armando Fernández se sometieron a una penosa mascarada de autocrítica, recuerda los momentos más sórdidos de la época estalinista, sus juicios prefabricados y sus cacerías de brujas.

Con la misma vehemencia con que hemos defendido desde el primer día la Revolución cubana, que nos parecía ejemplar en su respeto al ser humano y en su lucha por su liberación, lo exhortamos a evitar a Cuba el oscurantismo dogmático, la xenofobia cultural y el sistema represivo que impuso el estalinismo en los países socialistas, y del que fueron manifestaciones flagrantes sucesos similares a los que están sucediendo en Cuba.

El desprecio a la dignidad humana que supone forzar a un hombre a acusarse ridículamente de las peores traiciones y vilezas no nos alarma por tratarse de un escritor, sino porque cualquier compañero cubano —campesino, obrero, técnico o intelectual— pueda ser también víctima de una violencia y una humillación parecidas. Quisiéramos que la Revolución cubana volviera a ser lo que en un momento nos hizo considerarla un modelo dentro del socialismo”.

Firman, entre otros: Italo Calvino, Marguerite Duras, Giulio Einaudi, Hans Magnus Enzensberger, Adriano González León, Monique Lange, Michel Leiris, Mario Vargas Llosa, Lucio Magri, Juan Marsé, Dionys Mascolo, Plinio Apuleyo Mendoza, István Mészáros, Carlos Monsiváis, Alberto Moravia, Maurice Nadeau, José Emilio Pacheco, Pier Paolo Pasolini, Alain Resnais, José Revueltas, Claude Roy, Juan Rulfo, Nathalie Sarraute, Jean-Paul Sartre, Jorge Semprún, Susan Sontag, José Ángel Valente.

**

Mayo de 1971. Octavio Paz:

“Las ‘confesiones’ de Bujarin, Rádek y los otros bolcheviques, hace treinta años, produjeron un horror indescriptible. Los *Procesos de Moscú* combinaron a Iván el Terrible con Calígula y a ambos con el Gran Inquisidor: los crímenes de los que se acusó a los antiguos compañeros de Lenin eran a un tiempo inmensos, abominables, increíbles. Tránsito de la historia como pesadilla universal a la historia como chisme literario: las auto acusaciones de Heberto Padilla (...).

Advierto dos notas en común: una, esa obsesión que consiste en ver la mano del extranjero en el menor gesto de crítica (...); otra, el perturbador e inquietante tono religioso de las confesiones. Por lo visto, la autodivinidad de los jefes exige, como contrapartida, la autohumillación de los incrédulos.

Todo esto sería únicamente grotesco si no fuese un síntoma más de que en Cuba ya está en marcha el fatal proceso que convierte al partido revolucionario en casta burocrática y el dirigente en César”.

**

26 de mayo de 1971. Artículo de Rodolfo Walsh:

“Mario Vargas Llosa ha creído reconocer en la sintaxis de Padilla el influjo policial. Se supone, por ejemplo, que cuando Padilla dice ‘Yo he sido un cliché del desencanto’ la frase se la sopla un funcionario de Seguridad, quizá desencantado. En tres semanas, océano de por medio, sin evidencias, contrariando incluso la evidencia del corresponsal francés que revisa físicamente a Padilla, los sesenta y dos intelectuales concluyen que su autocrítica solo puede haberse obtenido mediante la tortura. Excluyen la posibilidad de que la autocrítica sea sincera: o bien insincera pero dictada por la conveniencia de cualquier prisionero; y por último que Padilla, conocedor de la resonancia que un texto como el suyo iba a tener, haya elegido esa vía para librar una nueva batalla contra el gobierno de su país”.

**

28 de mayo de 1971. Declaración de Gonzalo Rojas:

“Estoy suficientemente informado al respecto y creo que la actitud de un trabajador intel-

lectual, porque los escritores no somos sino eso, exige claridad frente al ruido llamativo que se ha hecho desencadenar luego de la autocrítica del poeta cubano Heberto Padilla. Habría que partir de un fundamento: se juega, o se ventila, a la luz de todas estas disquisiciones y cartas lamentables, el problema de la libertad del escritor: ¿Pero qué es la libertad de los pueblos? Los escritores no podemos ser sino intérpretes de nuestros pueblos y en ese sentido creo que en todo este asunto la carta de los sesenta y uno, la primera de Vargas Llosa, se está jugando con la palabra libertad. No he visto mayor libertad que en Cuba. Nuestra única libertad es la libertad de los pueblos de América y el Tercer Mundo, en su mayor parte sojuzgados. Aquí el pecado original del intelectual, el que nos dijera tan claramente el comandante Guevara, está tocando fondo en este instante con los episodios mencionados. Yo creo que no hay otra posición, ninguna otra, que la de asumir plenamente una conducta de plena coincidencia entre lo que uno piensa o escribe y uno hace. Esa es la única libertad de la obra y de la creación toda”.

**

29 de mayo de 1971. Gabriel García Márquez:

“Yo, personalmente, no logro convencerme de la espontaneidad y sinceridad de la autocrítica de Heberto Padilla. No entiendo cómo es posible que en tantos años de contacto con la experiencia cubana, viviendo el drama cotidiano de la Revolución, un hombre como Padilla no hubiera tomado la conciencia que tomó en la cárcel de la noche a la mañana. El tono de su autocrítica es tan exagerado, tan abyecto, que parece obtenido por métodos ignominiosos. Yo no sé si de veras Heberto Padilla le está haciendo daño a la Revolución con su actitud, pero su autocrítica sí le está haciendo daño, y muy grave”.

**

6 de junio de 1971. Fidel Castro:

“Muchas imputaciones calumniosas se le han hecho a esta Revolución, las ha hecho el enemigo imperialista, pero hay verdades tan claras, tan universalmente reconocidas que nosotros consideramos uno de los actos de mayor baja, una de las calumnias más infames que se hayan hecho contra la Revolución, la afirmación de que un solo ciudadano de este país haya podido ser víctima de torturas físicas (...) Porque tienen que doler necesariamente, nos tienen que doler, como revolucionarios, semejantes infamias”.

19 de junio de 1971. José Ángel Valente:

“El caso Padilla no agota su gravedad en sí mismo. Atenerse demasiado a él puede ser un modo de servir a los burdos intereses de una política que recurre a la invención de demonios para ocultar y descargar sus demasiadas reales tensiones. Los problemas de Cuba son mani-

fiestos. Su no solución ha obligado al gobierno a opciones poco concordes con la imagen que la Revolución cubana había dado de sí misma. La desilusión consiguiente no es solo europea, aunque así se pretenda desde La Habana, y no es de orden cultural, sino político. La acumulación de opciones políticamente regresivas ha ido deformando la imagen de la Revolución cubana en beneficio de un esquema, cada vez más visible, de sociedad represiva”.

**

6 de agosto de 1971. Eduardo Galeano, entrevistado por Jorge Ruffinelli:

“tengo la impresión, si no la convicción, de que fue hecha deliberadamente por Padilla para joder a Cuba. Que la hizo en el estilo de los procesos de Moscú de los años treinta, para enviar una señal de humo a los liberales del mundo, diciéndoles: ‘Compañeros, yo estoy obligado a escribir esto, pero ustedes bien saben que no soy yo quien lo escribe, sino que es el Yves Montand de *L’Aveu*, de Costa-Gavras’. Cualquier escritor con oficio puede hacerlo. Vos mismo, si querés, o yo, podemos escribir un texto abyecto, arrastrado; es una habilidad que te da la profesión (...)

Mira qué curioso: me ha sorprendido encontrar, a la vuelta de Cuba, en todos los países que he visitado, una obsesión más que una preocupación, por el ‘caso Padilla’. Para mí fue asombroso. ¿verdad?, encontrar que la gente amiga de uno, los intelectuales y muchos militantes de izquierda y universitarios de todos esos países estaban básicamente preocupados por el ‘caso’ Padilla. Como yo volvía de Cuba, las preguntas tenían que ver todas con ese hecho, al grado que me he convencido de que América Latina se ha enfermado de ‘padillismo’; a favor o en contra, se ha generado una división de opiniones que no tiene ningún sentido. En lugar de preguntar sobre la Revolución en su conjunto, la gente parece esencialmente preocupada por la suerte de un poeta. Yo no digo que los poetas no sean importantes...”.

**

17 de agosto de 1971. Fragmento de la carta de Julio Cortázar a Marina Torres:

“No te puedes imaginar la depresión y la exasperación simultáneas de esas semanas, cuando lo de Padilla hervía. Todos hemos metido un poco la pata en ese asunto, pero los que firmaron la segunda carta a Fidel se han jodido revolucionariamente para siempre, porque la carta es absurda, grosera e incluso canalla. La primera, que desató los rayos de Fidel, no era más que un pedido de información, y la expresión de una inquietud; la firmé contra mi voluntad, pero había que hacer algo frente a un proceso tan inquietante, y el silencio cavernoso de la embajada de París. El ‘caso Padilla’ es complejísimo para los que conocemos bien Cuba y sus gentes”.

**

25 de agosto de 1971. Carta de Alejo Carpentier a Roberto Fernández Retamar:

“Aunque el llamado ‘caso Padilla’, ha muerto en la prensa francesa, de muerte natural, como te lo decía en reciente carta, la guapa moza de Simone de Beauvoir ha tenido, según verás, la feliz idea de darle nuevo impulso al asunto en un número de *Les Temps Modernes*, sumamente atrasado, puesto que, saliendo a fines de

agosto, corresponde al mes de junio. Como verás, los artículos de Fuentes, Revueltas y González León son francamente infames.

Yo tendría ganas de preguntarle al Sr. Juan Goytisolo, cuántas páginas le van a dedicar en el 2º número de la revista *Libre*, financiada por los Patiño, al bombardeo de la Universidad de La Paz, a la muerte de los estudiantes, a la muerte de los civiles, y a las víctimas que ha causado en la capital boliviana, en apoyo a las oligarquías amenazadas, un ejército donde han militado no solamente los adversarios directos del Che, sino miembros y entrenadores de *Rangers*”.

**

Septiembre de 1971. Carlos Fuentes:

“La tragedia empieza a convertirse en comedia cuando se le hace actuar a Padilla, sin la menor imaginación renovadora o revisión crítica, el viejo número de vodevil estalinista de la autodegradación mediante la confesión prefabricada: basta haber leído a Padilla —escritor dueño de un estilo— para saber que su autocrítica no la escribió él: las lamentables faltas de sintaxis y puntuación que la adornan son obra de burócratas tan iletrados como abyectos”.

**

Septiembre de 1971. Juan García Ponce:

“Todo el incidente es terrible y significativo. La detención de Heberto Padilla fue un signo alarmante. La declaración de Fidel Castro anunciando indirectamente que la Revolución pide de sus amigos una total suspensión del derecho a juzgar sus actos hizo aun más grave la detención. Un intelectual no debe ser nunca ‘incondicional’ de nada ni de nadie. Ahora la ‘confesión’ de Heberto Padilla lo define, desde luego, pero también define al gobierno y la sociedad en los cuales se puede emplear ese lenguaje”.

**

Septiembre de 1971. Adriano González León:

“Por cualquier lado que se le mire, el caso Padilla requiere atención y vigilancia. Es una seria advertencia contra las sombras del estalinismo que parecen agitarse en la isla. Los enemigos de la Revolución están gozosos. Poca solidez pareciera tener un régimen que se siente terriblemente amenazado por las conversaciones y el libro de un poeta. Algo podrido ocurre en Cuba. Estas, y otras cosas, están en la mente de los reaccionarios del mundo, a quienes en cierto modo se les ha dado razón. Y es menester que hablemos claro. El socialismo no puede cimentarse en la mentira y el ocultamiento. Digan lo que digan los eternos comisarios, hablese de ‘hacerle el juego al enemigo’, arrójese el tradicional y desgastado calificativo, con guioncitos y todo de ‘intelectuales-pequeño-burgueses-nacional-traidores’, insístase en que es menester palpar los grandes logros y no detenerse en minúsculos errores culturales, predíquese que la Revolución está demasiado amenazada y no hay tiempo para efusiones individuales, láncese finalmente la acusación canallesca y fácil de ‘agente de la CIA’ a todo el que ose discutir, hágase lo que se quiera, nada podrá borrar el hecho soberano de exigir nobleza, dignidad, crítica y respeto a los derechos fundamentales del hombre”.

(Continúa en la página 9)



LOS BÁRBAROS / VASCO SZINETAR

DEBATE >> EL CASO PADILLA CONTINÚA ABIERTO

Un recorrido por el Caso Padilla

(Viene de la página 8)

**

Septiembre de 1971. Enrique Lihn:

“El encarcelamiento y conversión de Padilla ocurrieron oportunamente unos días antes del discurso de Fidel Castro al cierre del Congreso de Educadores de su país; discurso en el cual (¿por una feliz coincidencia?) arremete contra ‘los pájaros de cuenta’ que trataron de presentarse como amigos de la Revolución, contra ‘los intelectuales burgueses, libelistas burgueses y agentes de la CIA, ratas intelectuales’ que se hundirían a corto plazo en el tempestuoso mar de la historia.

Nos preguntamos por qué, en lugar de abrumar tardíamente a sus intelectuales, la Revolución cubana no se apoyó en ellos para proyectar y sacar adelante una política cultural adecuada a sus circunstancias, sin recurrir a un verdadero ritual primitivo, hecho de ocultamientos, confesiones y mistificaciones”.

**

Diciembre 1971-febrero 1972.**Salvador Garmendia:**

“Sabemos que Padilla no fue detenido por haber publicado un libro. *Fuera de juego* fue editado por la UNEAC y difundido en toda Cuba. La interferencia de la Unión, al imponer un prólogo, que sigue pareciéndome cuando menos torpe e innecesario, lo mismo que el artículo publicado en *Verde Olivo*, trascendían a un temeroso y ofuscado intervencionismo que nos obligaba a permanecer alertas. No obstante, la actitud del gobierno cubano disipó toda amenaza en ese sentido: Padilla continuó trabajando y escribiendo libremente, sus poemas aparecieron nuevamente en las revistas, el libro no fue retirado de la circulación. Después se produce la detención del poeta, acusado de actividades contrarrevolucionarias. Lo que haya de verdad o error en tales acusaciones, no es materia sobre la que podamos discernir a distancia y sin pleno conocimiento de causa; si la autocrítica o *confesión* de Padilla fue o no sincera, lo sabremos alguna vez o no; entre tanto, ningún síntoma de dirigismo se advierte en las publicaciones cubanas. Nunca como ahora, Cuba ha estado más lejos de lo que ‘a falta de otra denominación mejor se conoce como estalinismo’; a doce años de revolución, nuevas conmociones sociales parecen anunciarse en un horizonte cercano. La Revolución presiente el virus del burocratismo, del estancamiento ideológico, del anquilosamiento institucional y prepara el camino de una revisión profunda de todos los estratos del poder socialista, que se cumpla por medio de una intensa movilización popular; una discusión clara y abierta en todos los niveles”.

**

Otoño/Primavera de 1987. Heberto Padilla entrevistado por Miguel Ángel Zapata:

“Una denuncia cualquiera que se haga al mundo capitalista se hace a un mundo heredado, a un mundo por el que tú no optaste, sino un mundo que tú recibiste y en el que puedes moverte negándolo o reprobándolo, pero del que no eres responsable. Si tú eliges un proceso revolucionario, como el caso de Cuba, y ese fue mi caso, y eres partidario de un proceso de cambio radical, quiere decir esto que hay una ruptura con la herencia, hay una ruptura con las formas anteriores que tú quieres cambiar, buscar una alternativa política distinta; por lo tanto tú eres responsable de ese cambio, entonces aunque no se quiera la situación de los intelectuales, que es lo que nos concierne a nosotros, se hace un poco religiosa, en el sentido de que tú eres un responsable moral del cambio, como lo fui yo, y si de pronto dentro de ese conjunto de personas, que en apariencia aprueban el cambio, y las políticas difíciles que ese cambio trae, así dentro de ese grupo tan homogéneo hay una voz tan disonante, puede ser la voz de un cobarde, de un enemigo, la voz de un contrarrevolucionario, y por lo tanto se presta más atención a esa disonancia y a esa disensión, que la que pueda existir en un país capitalista, porque la discrepancia en un país capitalista es un modo de buscar el porvenir que yo conocí, que se llamó la Revolución cubana, y que descubrí, como ha descubierto todo el mundo, que no es la respuesta, que no es la verdad. Por eso el ataque es siempre mayor contra un escritor del mundo comunista, porque la gente quiere creer, quiere invertir en la esperanza, la gente no quiere recibir malas noticias de la esperanza. Creo también que en toda adhesión política hay una permanencia a veces estúpida, a veces lúcida. Los lúcidos tienen que separarse a la larga de la

mentira ideológica y real de un proceso que ha traicionado, que ha deformado, que ha transformado el proyecto inicial. Los demás, como ocurre en cualquier sociedad, no discrepan, se suman al carro y siguen siendo unos apasionados defensores de la mentira en que siguen creyendo, eso se ve en el capitalismo, en la religión, etc.

**

2013. Jorge Fornet:

“Un dato que se discutía con fuerza era la dimensión misma del hecho. Leerlo de forma literal o metonímica significaba asumir una posición. O al revés, en dependencia de la postura que se asumiera frente a los acontecimientos se hacía necesario leerlo de uno u otro modo. La ideología, naturalmente, imponía un modo de interpretar. En consecuencia, quienes comulgaban con las posiciones cubanas no veían en la detención de un poeta y en su posterior autocrítica (por lamentable que les pareciera) más que eso mismo: el ciudadano Padilla detenido y acusado –como hubiera podido serlo cualquier otro. En cambio, desde la perspectiva contraria, este era apenas el botón de muestra de una represión en gran escala, una prueba del totalitarismo que ya se enseñoreaba en la isla”.

**

3 de agosto de 2018. Fragmento de artículo de Norberto Fuentes:

“Yo diría que la fecha más significativa del *affaire Padilla* es ese 2 de marzo de 1971 (...) El problema es que Heberto, la noche de ese día, digamos entre 8 y 9 de la noche, cometió el infausto incidente de liarse a trompadas con un agente de la inteligencia cubana que se hallaba en las vísperas de salir a cumplir una delicadísima misión en el extranjero y que, como producto de la refriega, aparte del precio pagado por Heberto de unas gafas puestas fuera de servicio así como, al menos, una cortada visible sobre el tabique nasal, que estuvo a punto de interesarle el globo ocular derecho, se debe contabilizar el precio pagado por el agente de la inteligencia cubana a punto de cumplir misión, consistente en algunos hematomas visibles en el rostro y cortaduras en los labios más otras cortaduras en la mano derecha (...) El asunto, en fin, pudo haber quedado ahí, entre dos ceagos que les dio por el pugilismo. El problema es que Fidel Castro fue informado del incidente casi de inmediato”.

**

2021. Abel Prieto y Jaime Gómez Triana.**Introducción a *Fuera (y dentro del juego)*. Una relectura del ‘caso Padilla’ cincuenta años después.**

“Es difícil calcular las dosis de histrionismo, astucia, simulación y cinismo que derrochó Padilla para fabricar su personaje, la ‘autocrítica’ y toda la trampa en que cayó tanta gente, dentro y fuera de Cuba. Hoy resulta obvio que la ‘confesión’ respondía a un plan preparado por el propio Padilla. Aquella ‘gran maniobra promocional’ contó con el apoyo entusiasta de la gran prensa y de los hinchados egos de muchos de los intelectuales extranjeros implicados. A esto hay que sumar las ingenuidades y torpezas de funcionarios del Minint, del Consejo Nacional de Cultura y de la Uneac de entonces, que consideraron honesta la ‘autocrítica’ y creyeron que su difusión sería conveniente para la Revolución. Para Roberto Fernández Retamar, como vimos, ‘la corona del desacierto fue haber auspiciado el discurso que Heberto pronunció en la Uneac’.

**

Abril 2021. Eduardo Lolo. Fragmento del ensayo ‘Heberto Padilla, Fidel Castro y Galileo Galilei: la autocrítica política y la historia como boomerang’.

“Lo burdo del libreto, la ‘perfección’ del tinglado y lo ‘oportuno’ de su tiempo de representación hacían imposible para ninguna persona pensante creerse el mea culpa ideológico resultante de semejante puesta en ridículo. Bastó a los intelectuales revolucionarios extranjeros la lectura de una simple transcripción del discurso ‘espontáneo’ del ‘arrepentido’ transgresor para percatarse del horror presente detrás del mismo y de cómo Padilla, llenándolo de las ridiculeces y exageraciones que sus nervios ‘coautores’ añadieron o no se atrevieron a censurar, les daba la verdadera imagen de su oculta confección.

La segunda carta de los intelectuales europeos y latinoamericanos a Fidel Castro apareció casi un mes después de la reunión de la UNEAC. En esta no se llamaba a su destinatario



LOS BÁRBAROS / VASCO SZINETAR

‘primer ministro del gobierno revolucionario’ como en la primera, sino ‘primer ministro del gobierno cubano’. El cambio del calificativo por el gentilicio es más que significativo. Y el texto no podía ser más duro”.

**

Abril 2021. Yannelis Aparicio. Fragmento del ensayo ‘Heberto Padilla, entre el mito y el logos’

“En el poema del libro *Fuera del juego* que más indignó a las autoridades de la política cultural cubana de la dictadura, se ofrece una gradación entre los órganos que el hombre nuevo debe entregar a la colectividad, al alto sueño, en tiempos difíciles: primero son las manos, lo más básico, los órganos asociados al trabajo y a las fuerzas de producción (*Produktivkräfte*, que diría Marx); después los ojos (el contacto más nítido, general e imprescindible con el mundo exterior), los labios (para erigir el alto sueño) y las piernas (la posibilidad de extenderse en el espacio) y, más tarde, en un mismo nivel, el pecho, el corazón y los hombros, todos ellos necesarios para la vida y con encargos más sutiles por parte del organismo. El clímax se cumple con la lengua, el elemento más importante, porque, sin su entrega, la donación de todo lo anterior ‘resultaría inútil’.

**

1 de marzo de 2023. Fragmento del ensayo de Hamlet Fernández, ‘La ironía trágica del caso Padilla’

“En realidad, lo importante nunca ha sido si la autocrítica de Heberto Padilla fue una simulación suya, una invención suya para enviar un mensaje cifrado a la intelectualidad internacional de que en Cuba se acendrabla el estalinismo, o si fue obligado a hacerlo, si ese fue el pacto, el contrato firmado en Seguridad del Estado. Se ha perdido tanto tiempo especulando sobre algo que ni siquiera el propio Padilla se molestó en aclarar.

Ahora que por fin se ha tenido acceso al documento histórico más relevante, las imágenes en movimiento, el sonido corporizándose en el espacio, el texto indexical (la huella física) escrito durante el performance, a juzgar por el histrionismo corporal y sonoro y por cómo afloran los presupuestos ideológicos del poder en el marco semántico generado por su discurso aquella noche, lo más probable es que las dos hipótesis sean correctas: la autocrítica fue una estrategia calculada y mandada a ejecutar por el demiurgo, y el poeta actuó su destino trágico de manera brillante, porque seguramente no era una opción defraudar a sus verdugos —quién sabe las amenazas que colgaban sobre su cabeza, las cuales, si existieron, Padilla tampoco las ventiló en *La mala memoria*.

Cuando Padilla hace su autocrítica en una

asamblea pública, ocurre una transformación esencial: quien habla ya no es el poeta, el escritor, el intelectual, el sujeto de saber monádico; el que comienza a hablar, a gesticular y a sudar es la corporeización del sujeto colectivo modelado por la ideología, el sujeto ideal al que aspiraba el poder, el sujeto que entiende como por telepatía o por pura empatía revolucionaria cuáles son las urgencias y las prioridades del Partido, del Gobierno, del Máximo Líder, es decir, el sujeto moral (abstracto) digno de su revolución”.

**

Cierre: Plinio Apuleyo Mendoza, 1990

“Apenas *Libre* publicó su primer número, en septiembre de 1971, se hizo evidente que sus colaboradores no compartían una misma visión política.

El llamado caso Padilla –la detención en La Habana del poeta cubano Heberto Padilla, su confinamiento en las dependencias de la Seguridad del Estado y su posterior autocrítica en la Asamblea de la Unión de Escritores– acabó dividiendo en dos al numeroso e importante grupo de colaboradores de la revista. Así, a la luz de este acontecimiento las orientaciones del régimen presidido por Fidel Castro, los más notables escritores vinculados a la publicación quedaron en campos opuestos. Mario Vargas Llosa, Octavio Paz, Juan Goytisolo, Jorge Semprún, Carlos Fuentes, por ejemplo, protocolizaron su ruptura con la revolución cubana, en cambio, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Salvador Garmendia y otros cuantos colaboradores de *Libre* le aseguraron su adhesión”. ☉

Bibliografía parcial:

- *La mala memoria*. Heberto Padilla. Prólogo: Nati González Freire. Editorial Pliegos. España, 2008.
- *Persona non grata*. Jorge Edwards. Edición de Ángel Esteban y Yannelys Aparicio. Editorial Cátedra. España, 2015.
- *Fuera (y dentro) del juego. Una relectura del ‘Caso Padilla’ cincuenta años después*. Selección y prólogo: Abel Prieto y Jaime Gómez Triana. Fondo Editorial Casa de Las Américas. Cuba, 2021.
- *Cuadernos Hispanoamericanos*, #850. Abril 2021. Director: Juan Malpartida. Dossier 50 años del caso Padilla. Coordinación: Yannelys Aparicio.
- *Libre*. Revista de crítica literaria (1971-1972). Edición facsimilar. Introducción: Plinio Apuleyo Mendoza. Coedición: Turner Libros, Ediciones del Equilibrista y Sociedad Estatal Quinto Centenario. España, 1990.
- *El 71. Anatomía de una crisis*. Jorge Fornet. Editorial Letras Cubanas. Cuba, 2013.
- *Fuera de juego y otros poemas*. Heberto Padilla. Edición de Yannelys Aparicio Molina y Gustavo Pérez Firmat. Ediciones Cátedra, España, 2021.

LECTURA >> APUNTES PARA LEER VARAMO DE CÉSAR AIRA

Una narración tramposa

Ana Julia Carballo (1996), autora del ensayo que sigue, es licenciada en Letras por la Universidad de Los Andes. Ganó una mención en el I Concurso de Ensayos "Constelaciones" del Departamento de Literatura Hispanoamericana y Venezolana de la ULA y participó como ponente en el XII seminario Bordes "Umbrales" 2021

ANA JULIA CARBALLO

Arrastrado por la confusión y el extraño terror por un par de billetes falsos, Varamo, un escribiente de tercera en la Panamá de los años 20's, compra un vistoso caramelo rojo. Mientras lo sostiene con su mano derecha, se desarrolla un larguísimo proceso de pago.

Una vez terminada la transacción, sigue su camino atravesando la plaza principal, donde un loco le reclama a gritos deudas imaginarias. Escarba en sus bolsillos en busca de una moneda, haciendo una torsión para llegar al lado derecho con la mano izquierda. Él mismo se pregunta por qué está haciendo esto y (nos) descubre que el caramelo sigue en su mano derecha elevada, ya entumecida y cubierta del pegajoso dulce derretido.

Estamos frente a una narración tramposa que no describe el momento en el que el personaje se come el caramelo, aun así lo asumimos, pues ¿por qué lo compraría si no es para comerlo?

Como espectadores, esperamos que la representación en el arte parta de algo que podemos contemplar con los ojos. La novela *Varamo* de César Aira invierte esta idea; la realidad expuesta con referencias al mundo tangible termina representada –o vuelta a presentar– por situaciones que apenas podemos predecir.

En *Varamo* la realidad cotidiana se retuerce, esta transgresión es al mismo tiempo una burla. Naturalmente, es imposible contarle todo, las narraciones convencionales crean una especie de mapa en el que hay vacíos que los lectores debemos llenar con interpretaciones. Aquí, en cambio, el narrador se burla del modo de lectura convencional y nos obliga a estar mucho más atentos para no volver a caer en la trampa (digo *volver a caer* porque no te das cuenta de que hay una trampa hasta que caes en ella).

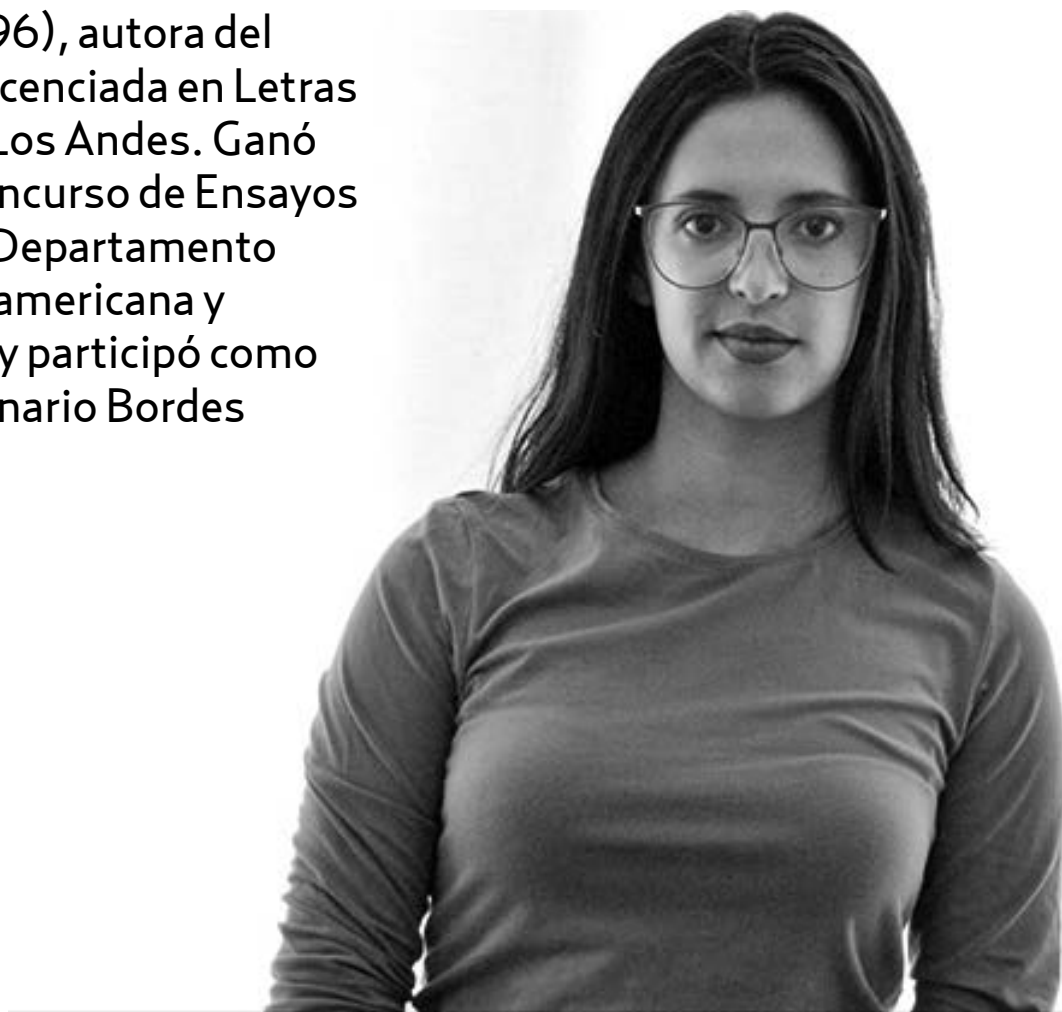
Ahora, ¿es *Varamo* una novela cómica? Puede que esta no sea la primera definición que se nos viene a la cabeza luego de leerla. Más bien rara, rápida, impredecible, sorprendente, exagerada... Sin embargo, el mecanismo descrito en los párrafos anteriores parte de una concepción de la representación que es humorística en tanto burla al lector con giros difíciles de predecir que retuercen el modo convencional en que leemos.

Como resultado de un procedimiento irónico que tiene su origen en la idea de que la novela no requiere de una interpretación, la sorpresa y el shock nos acompañan a lo largo de toda la historia. Todo está dado ya y lo que está ahí es todo lo que hay, cuando el lector sucumbe a la posibilidad o la tentación de interpretar, es burlado, y no queda más remedio que subordinarse al orden de realidad propuesto en la novela.

Entonces, ¿el lector no participa? Al contrario, la perplejidad y el desconcierto son requisitos imprescindibles para que el "efecto Aira" tenga lugar. Para ejemplificar mejor el mecanismo que condiciona la comicidad y la ironía en *Varamo* es útil echar un vistazo general al panorama que pinta el autor.

Desconfiad de cada palabra, todo es posible

Cada una de las novelas del escritor



ANA JULIA CARBALLO / CORTESÍA DE LA AUTORA

argentino –y aquí, como dice Alberto Giordano, no vale la pena repetir una vez más lo prolífico que es– contiene una especie de manifiesto literario y estético; sin embargo, estos son independientes unos de otros al punto de contradecir a los anteriores y los siguientes.

Esta dificultad de clasificación que impone el autor se suma a la mezcla de géneros dentro de las novelas, y *Varamo* no es la excepción: fantasía, ficción, realismo, novela histórica y hasta ciencia ficción se combinan sin criterio aparente.

El enrevesamiento estilístico y temático característico de muchos de los relatos de César Aira se suma al mito que ha elaborado alrededor de sí mismo: un aura de artimaña y emboscada rodea sus escritos y a su figura como autor; el resultado es que los lectores debemos desarrollar un método de defensa personal que consiste en desconfiar de cada palabra.

Varamo es una novela corta que se ubica justo en el límite entre lo verídico, lo verosímil y lo imposible, volviendo difusa la línea divisoria. Relata una serie de sucesos que le ocurren a un burócrata luego de que le pagaran el salario del mes con un par de billetes falsos, desencadenando un conjunto de situaciones (aparentemente) descabelladas e incoherentes que lo llevan a escribir *El Canto del Niño Virgen*, una celebrada obra maestra de la moderna poesía centroamericana¹.

Una particularidad de la obra radica en la manera de construir la historia, que es una acumulación de hechos narrativos subordinada a un encadenamiento lógico. Es decir, desde las primeras páginas, son reveladas las situaciones iniciales y finales, al narrador le interesa cómo, en un solo día y a partir de un un par de billetes falsos, Varamo, quien nunca había escrito nada en su vida, termina siendo un aclamadísimo poeta.

Lo curioso es que, aunque sabemos cuáles serán la primera y la última situación, el eje a partir del cual se desarrolla la historia es el carácter arbitrario de lo que habrá en el medio; no sabemos qué podría suceder, porque todo es posible. Entonces, el autor ya no es un profeta que revela una verdad, sino que debe demostrar su valor como tal consiguiendo que el lector entre en su juego², Aira necesita la superación de los supuestos, traiciona al lector deliberadamente.

La dificultad de imaginar cosas que no nos importan

Lo que hace que *Varamo* sea una narración tan bana³ y minuciosamente alucinada es que Aira presenta cosas que no nos importan. Estamos ante

la puesta en escena de una realidad que consiste en el hecho mismo de su representación.

Desde la creación de la novela se conjugan el simulacro y la parodia de forma acorde con esta propuesta. En su "Ars narrativa", Aira revela un método de escritura consistente en remediar las "aberraciones" de cada capítulo en el siguiente, con invenciones descabelladas que serán proporcionales al grado de aberración, aunque generen nuevas y mayores situaciones por remediar.

Es un círculo vicioso que requiere un esfuerzo cada vez mayor, hasta el punto en que las mutaciones son tan insospechadas y se expanden tanto más allá de nuestras "miserables capacidades (...) [que] directamente empieza a parecerse a la realidad"⁴.

Es a partir de estos mecanismos que *Varamo* pone entre comillas la concepción de lo real: viola la expectativa y presenta desarrollos que no podemos siquiera sospechar, la historia está colmada de locuras que son especiales porque el narrador las envuelve en un halo de verosimilitud⁵, es decir, son locuras creíbles a pesar de que siempre hay una proposición que termina invertida.

Una vez que el lector ha superado las páginas introductorias, el principal problema que se le aparece es la dificultad para imaginar las cosas y situaciones. Aun con las abundantes explicaciones lógicas, hay un plus de disparate tan extravagante y rebuscado que es irrepresentable en la mente del lector.

La realidad suele ser concebida de acuerdo con las probabilidades: mientras más probable sea la situación, será en mayor medida establecida como condición real. Aira invierte esta norma: en *Varamo*, las cosas improbables son las que determinan e impulsan la historia para demostrar que su condición de improbabilidad no las hace imposibles.

Esta propuesta ensayística sostiene que la realidad abarca un concepto más amplio que el que podemos incluso imaginar.

El efecto sin causa

Varamo desconcierta porque no entra en ninguna clasificación y abarca varias a la vez: las deformaciones y desvíos crean un cierto verosímil de género, por lo que el lector asume que es una novela histórica; de inmediato se da cuenta de que no es así, pues elementos irreales se superponen.

Entonces se trata de una novela fantástica, hasta que el grotesco cómico empieza a ganar terreno, y así sucesivamente... Por medio de este mecanismo de triquiñuela y revelación, Aira crea una obra cuyo género in-



clasificable no deja de mutar.

Aún mayor es el aturdimiento cuando en medio de la lectura descubrimos que hace una especie de pastiche en el que predomina el kitsch al mezclar elementos y características de discursos aparentemente incompatibles.

El término kitsch refiere a un estilo artístico cursi, vulgar y pretencioso cuya principal característica es el mal gusto⁶. Walter Benjamin, Hermann Broch, Theodor Adorno y Clement Greenberg se ocuparon de definirlo en los años 30 del siglo pasado como lo opuesto al arte de vanguardia. Greenberg afirma que si la vanguardia imita los procesos del arte, el kitsch imita sus efectos⁷.

El lector espera toparse con el proceso de gestación de una obra maestra y el caso de un ciudadano común que da lugar al nacimiento de un artista. Sin embargo, todo el proceso creador del poema parece ser más accidental que premeditado, y el escribiente Varamo encarna más la figura de marioneta del destino o víctima de las circunstancias que la imagen del artista elevado.

En sus inicios, el kitsch es una solución que permitía infiltrarse en apariencia en la clase social más alta. Varamo, en cambio, se cuele no entre la clase alta, sino entre la alta cultura. El escritor ya no es el mítico artista-brujo con poderes divinos o una percepción privilegiada del mundo. Varamo es completamente efectista, nunca piensa ni planea nada, su poema es puro resultado y aparece como cae un meteorito.

La parodia en la obra empieza a partir de acá; el escritor-protagonista no es un genio, todo lo contrario, es tan común que podría ser cualquiera y todos. No tiene ningún rasgo particular o talento oculto ni tiene siquiera una cara.

Es un patrón de personaje, un mol-

de vacío que puede ser llenado con cualquier sustancia, un prototipo que cumple con la actuación necesaria para el avance de la acción, como un muñequito al que le puedes elegir los rasgos faciales. Con la salvedad de que da en el clavo: Asimila el kitsch en su esencia, que es puro efecto sin causa.

El poema experimental de Varamo parte de la nada. Como el plástico que imita la madera o el oro, su obra imita el proceso y el resultado de la obra de arte con materiales mundanos: un sucio cuaderno de anotaciones, un código encriptado que anota el resultado de la quiniela y un cuaderno de claves para contrabandear palos de golf.

Conclusiones para volver a leer Varamo

Dentro de la novela, ambientada en Panamá, el poema de Varamo representa un cambio en el paradigma latinoamericano y desde ahí es pura fachada, tal como quien cuelga el retrato de un antepasado ficticio para tener abolengo. Podríamos verlo como una parodia a la figura genial o como una crítica a la institución del arte, sin embargo, este es un relato que desconcierta porque tiene todo de la simulación, nunca podemos saber con certeza sus intenciones, sentidos serios o no-paródicos.

En medio de situaciones absurdas, los personajes reflexionan sobre temas relevantes que rayan en lo filosófico. Estas reflexiones insertadas entre acto y acto no llevan a conclusiones absolutas –muchas veces llegan a soluciones que en realidad no son siquiera posibles. A pesar de ello, son pensamientos inscritos en campos importantes en relación con la política, la representación en el arte, movimientos históricos, la economía, el desvío, el paso y funcionamiento del tiempo, la sociedad, la circulación del dinero y la diferencia de clases.

Toda posibilidad de reflexión o discurso "serio" dentro de la obra queda minimizada e incluso anulada, pues, a pesar de no ser reflexiones estériles, no son coherentes con un pensamiento práctico. El resultado es un simulacro teórico conformado por discursos pseudocientíficos: Aira lleva la ironía a tal punto que incluso el humor es parodia del humor; y la parodia, parodia de lo paródico.

Con esta novela, el autor vuelve a la tradición realista y a la vanguardia, solo que, en vez de retroceder al relato a las historias ya contadas y a los mecanismos desgastados, tiene un sentido afirmativo que abre las puertas a la posibilidad infinita de la creación y la reinención. La tradición en *Varamo* es devorada por el olvido como una potencia transfiguradora⁸.

El olvido se conjuga con la parodia y las risas propias de la ironía inteligente para reciclar el pasado, apropiárselo e impulsar la acción. Operando con el desvío para volver a los tópicos de la literatura y reinventar la tradición, *Varamo* apuesta por el gesto radical de la innovación. ☺

- 1 Aira, C. (2002). *Varamo*. Anagrama.
- 2 Montoya, J. (2005). "Las mil caras de César Aira". *Tonos digital: Revista electrónica de estudios filológicos*, 9, 1-15. <http://www.tonosdigital.es/ojs/index.php/tonos/article/view/458>
- 3 Es banal sin entender el término en un sentido peyorativo, lo que sucede es que esta es una distinción que no tiene cabida dentro de la lógica de la novela: *Varamo* acaba con las relaciones jerárquicas, sobcubando la diferencia entre lo relevante y lo banal de la realidad (todo es relevante).
- 4 Aira, C. (1994). "Ars narrativa". *Criterion* 8, Caracas. <https://www.scribd.com/document/443778789/Aira-Cesar-Ars-narrativa-docx>
- 5 Lima, D. (2012). *Trastornos de la representación: el afecto en Macedonio Fernández, Antonio de Benedetto y César Aira*. (Tesis de Doctorado, University of Maryland). Repositorio Digital de la Universidad de Maryland. <https://drum.lib.umd.edu/handle/1903/12704>
- 6 El término se fue trastocando y sigue siendo tema de debate para especialistas y teóricos del arte. Aun así, la tendencia es que, al definir algo como kitsch, opera por debajo la intención de diferenciarlo del "arte culto".
- 7 Greenberg, C. (2002). *Arte y Cultura: Ensayos críticos* (Beramendi, J., trad.). Paidós.
- 8 Contreras, S. (2002). *Las vueltas de César Aira*. Beatriz Viterbo Editora, Kindle DX.

NOVELA >> SARMIENTO, DE MARTÍN CAPARRÓS

Sarmiento se despide

Periodista, historiador, ensayista y novelista, autor de una obra que ha recibido importantes reconocimientos, Martín Caparrós ha publicado *Sarmiento*, la más reciente de sus novelas

NELSON RIVERA

Habla Domingo Faustino Sarmiento (o eso creemos). Nos habla desde 1874. Específicamente, desde el 11 de octubre de 1874, un día antes de dejar la presidencia de Argentina, ejercida durante 6 años. Tiene 63 años. Su voz es la de un sosegado cansancio. El primer párrafo de la más reciente novela de Martín Caparrós, que lleva el lacónico título de *Sarmiento*, dice: “Ya está: mañana se termina. Estoy dejando atrás todo eso que alguna vez me pareció, de tan lejano, inalcanzable. Pasé toda mi vida tratando de ser lo que ahora soy y mañana ya no. Lo fui seis años: pasado mañana será como si no lo hubiera sido”.

Y así arranca su recapitulación en primera persona. No se limita a los seis años de su gobierno: habla de su vida y sus exilios, sus rivales en la política y su hacer en los distintos

cargos acumulados en su trayectoria, de amores y la participación en las luchas políticas y armadas de su tiempo. Hace un balance de las que eran sus aspiraciones, confrontadas con las realidades de su gestión. Es el relato de quien lo ha visto todo, pero que todavía guarda, casi intacta, la perplejidad de reconocer que él, nacido en una casa de adobe, en una modesta barriada de San Juan, pequeña ciudad a casi 1400 kilómetros de Buenos Aires, alcanzó la presidencia de Argentina, entonces una nación en proceso de consolidarse: “siempre fui uno que se coló en la fiesta”.

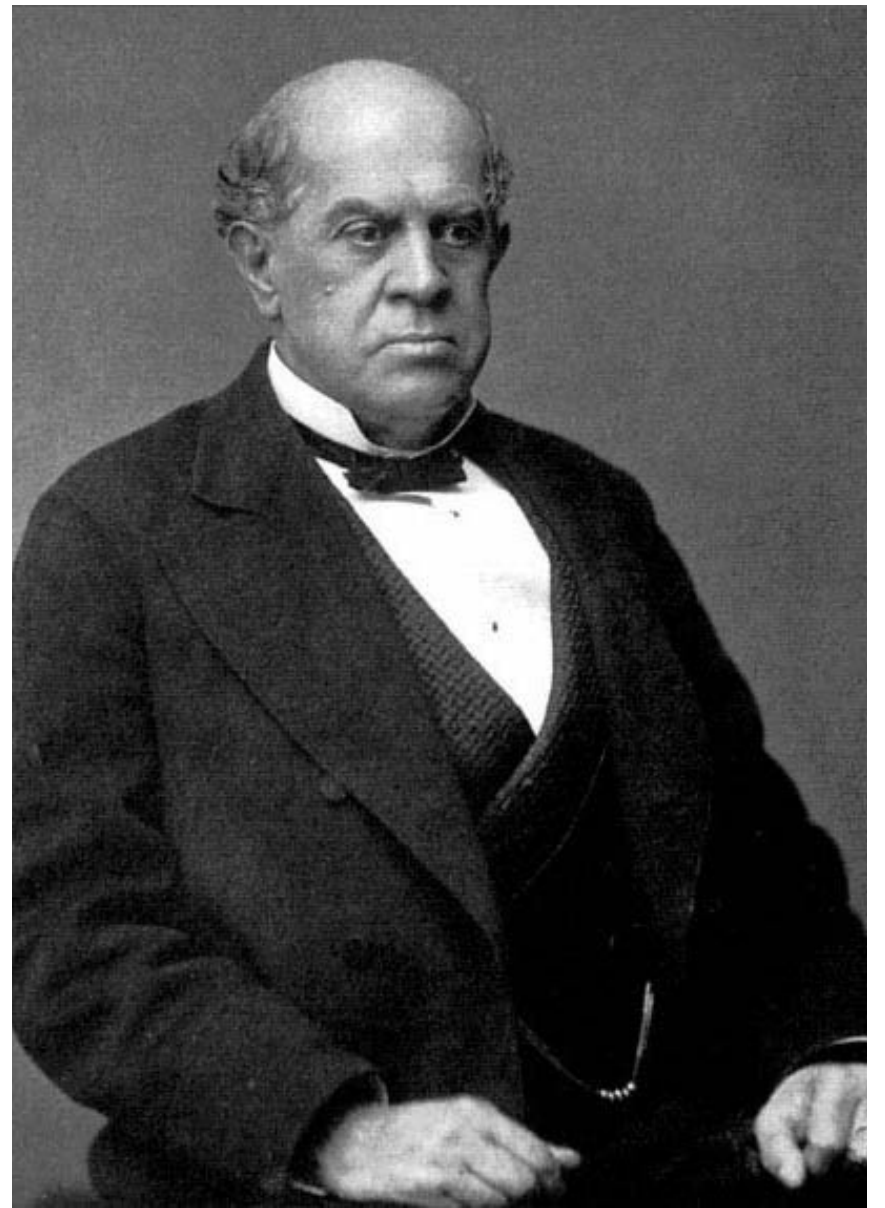
La voz de Sarmiento hipnotiza. Apacigua y abre rendijas en el ánimo del lector. Lo predispone a escuchar. Su avance es pausado. Repasa los hitos de su experiencia con mesura: no los despacha, tampoco los agota. No abusa de los hechos, ni siquiera de aquellos que hubiese preferido olvidar. Se reconoce en la soledad del oca. Su recapitulación no opera como un ajuste de cuentas. Sus intereses son otros. Quizá ordenar, para sí mismo, su versión del debe y el haber de su vida. Quizá, para protegerse de la indefensión a la que se expone la memoria de los que mueren. Quizá, para realizar la tarea que nadie más podría cumplir como él: darle forma a su legado, con lo que hay en él de brillo y opacidad.

No lo olvidemos: el que narra es el autor de esa obra inmensa que es *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga. Aspecto físico, costumbres y ámbitos de la República Argentina* (1845), ensayo fundacional, cuyos debates sustantivos, el de la compleja dialéctica entre civilización y barbarie, constituyeron un hito en todo el continente. La modulación que Caparrós atribuye a su personaje, es de esa talla: la del hombre que

observa con alguna distancia y desde una cierta altura, no para imponer su visión a la de otros –no para ejercer esa forma de poder que es la ventaja intelectual–, sino para hacerse comprensible. *Sarmiento* es el relato de una transformación: la del poderoso que, al dejar de serlo, aspira a una lectura comprensiva de su obra y sus motivaciones.

Pero ese recorrido vital, y esto es quizás el otro gran atributo que tiene la novela de Caparrós, además de la sustancia autobiográfica, reside en la meditación del poder que Sarmiento –la voz de Sarmiento– desgrana página a página, no con sistematicidad o voluntad teórica, sino atada a la experiencia: a la administración de los avances y repliegues; a las intuiciones que sugieren qué es lo que el otro quiere o no oír; a las males decisiones que es necesario tomar como alternativa a otras peores; a la convivencia que el poder impone con la muerte, el cálculo, la mentira, la verdad a medias, el cinismo, las apa-

riencias, con los dilemas, incluso aquellos que brillan por su inutilidad. Sarmiento –voz, escritura– invocan la memoria de la atracción y el desprecio; de los tiempos de guerra y la irrupción de la ferocidad asesina; de lo que el gobernante conoce y de lo que escapa a su campo de visión; a lo que el mando tiene de fáctico, y también de simulación o de azar; a la astucia o lucidez o sentido de supervivencia que impide, sin saber por qué, tomar un camino que conduciría a la derrota irrevocable; a la aceptación, no resignada sino plena de conciencia, de



DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO (1811-1888)/ARCHIVO

que tarde o temprano en la escena del poderoso se desplegarán fuerzas que lo superen. Sarmiento, el gran pedagogo, el modernizador, el prohombre latinoamericano, el escritor incomparable del XIX, el tataranieto de la Ilustración que confiaba en que la educación liberaría a su país de la barbarie y también de la dependencia, ese Sarmiento es el que dice: “Nadie sabe qué hacer con sus últimas horas: por definición, nadie tiene experiencia”. ●

**Sarmiento*. Martín Caparrós. Literatura Random House. España, 2022.

LECTURA >> CHICAS EN TIEMPOS SUSPENDIDOS, TAMARA KAMENSZAIN

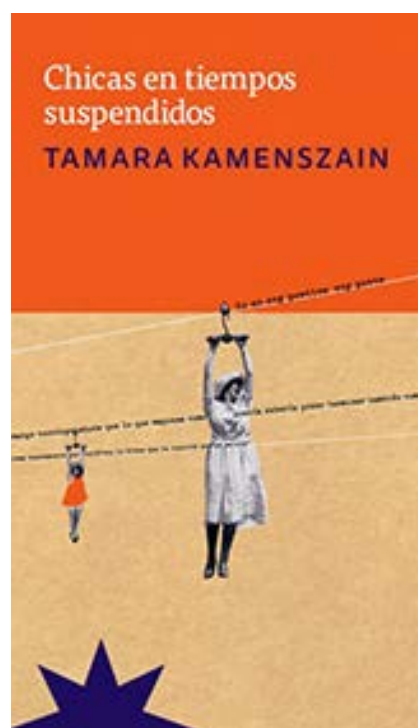
¿La Gioconda se ríe o está triste?

Tamara Kamenzain (Buenos Aires, 1947-2021) fue poeta, ensayista y crítica literaria. *Chicas en tiempos suspendidos* es el último libro que escribió

VIVIANA GARCÍA HOYOS

Chicas en tiempos suspendidos (Eterna Cadencia, 2021) comprende cinco partes: I Poetisas, II Abuelas, III Chicas, IV Antivates, y IV Fin de la historia. Construye un sentido de paradoja a partir del epigrafe de Georges Didi-Huberman del inicio: *Estamos ante un tiempo que no es el de las fechas*, y el lapso de tiempo conciso remitido en la última página: “Marzo-diciembre de 2020” (p.34); los días de la pandemia, y de la gestación de este libro donde la poesía emerge de una historia revisitada.

El tiempo, enmarcado en un periodo inmarcesible, es un tema central dentro de la serie en que la autora, catalogada como *neo-barroca*, explora la potencia de lo real desde el anacronismo y lo contemporáneo: “*Mi psicoanalista diría / que a lo real se lo recibe sin tantas vueltas / porque es lo que hay y punto.* / (Su-



pongo que con real ella se refiere / a esa esquivarla de realidad que no esperábamos / y que, sin embargo, sin embargo / aparece cada tanto / para sorprendernos”). (p.16) (Las cursivas son mías)

Kamenzain describe el periodo de la escritura de *Chicas en tiempos suspendidos* en términos de enfermedad, muerte y confinamiento. Dialoga con las poetisas: las conocidas y las olvidadas, o, con el televisor monolingüe: “amo global de lo que dice la pandemia” (p.5). Inventa las posibilidades de sentido para la escritura de hoy, la del tiempo de los pañuelos verdes y la del futuro del final de la historia que ella no llegaría a conocer.

En “Final de la historia”, Kamenzain explica que la poética desarrollada en este libro parte de un ensayo titulado “Las nuevas poetisas del siglo XXI” que escribió para una *Historia feminista de la literatura argentina* (Editorial Universitaria Villa María, 2020), y que concluye con esta frase que podría resultar tópica: “¿*La Gioconda se ríe o está triste?* (...) Una conclusión certera de lo que no tiene respuesta alguna. Lo que sí es seguro es que nuestra admirada Gioconda se mantuvo calladita hasta que Marcel Duchamp le pintó bigotes y la despertó. A partir de ahí no quedan dudas: ella se está riendo”. (pp.449-450) (Las cursivas son mías).

Durante esta busca, Kamenzain se preguntaba si “serán otras las que al dorso de una foto del siglo XX reconocan nuestros nombres”. También el canto de Safo se dirigía a lectores de otro tiempo, ¿distinto al de las fechas?: “Alguien se acordará de nosotros en la posteridad”.

Pero, a diferencia de Safo, a la auto-

ra de *Chicas en tiempos suspendidos* la palabra poetisa le hacía ruido: “Yo no soy poetisa, soy poeta/ (...) / no soy Tamara, soy Kamenzain”. (p.12)

La primera sección se identifica bajo ese título: Poetisas. “Poetisa es una palabra dulce que dejamos de lado porque nos avergonzaba” (p.8). Desde entonces se presenta el enigma que no busca ser resuelto sino, entrar en diálogo con ambos términos: poetas y poetisas. Y lo hace desde una forma que todavía podría innovar en la poesía argentina: el uso del lenguaje inclusivo.

Kamenzain escribe: “Mientras a las chicas en lenguaje inclusivo / la palabra vata no nos suena / porque las mujeres no escribimos / para convencer a nadie” (p.8).

Poetas o poetisas, solo como último recurso podríamos ver en ella una apuesta por la igualdad de género entre voces líricas o roncadas. Antes, tendríamos que volver al origen de la poesía y de todo género literario: la palabra. Aquí, el lenguaje inclusivo, como marca representativa de los movimientos políticos y sociales de las últimas décadas, cumple una función distinta a la de identificación: “la palabra vata no nos suena”, porque con ello intercede por la dignidad de la palabra misma.

Además de *las nuevas poetisas del siglo XXI*, a lo largo y ancho de esta casa de referencias trans(t)ex(t)uales, se cita un origen en otra forma literaria arrebatada del género: El ensayo. Análogamente, se redirige a: “La divorciada del modernismo”, sobre Delmira Agustini y “En el bosque de Amelia Biagnoni”: ensayos que reflexionan sobre dos de las escritoras uruguayas a las que Kamenzain ofrece un nuevo hogar dentro de este poemario.

¿Sería correcto seguir definiendo *Chicas en tiempos suspendidos* en estos términos?, en tanto que la exposición de las ideas, travestidas de verso, es un recurso propio del ensayo. No se sitúa del todo dentro de ninguna política de géneros puros. Oscila entre el ensayo y la poesía, al tiempo que sugiere otra forma transgénera: la novela.

Para referirse a esta última forma, recurre a otro de los procedimientos que va a estar presente en las secciones subsecuentes: el estribillo, y sostiene dos ecos fundamentales, el primero, en sentido de unión de los contrarios: “Y sin embargo Y sin embargo” (p.8). Mientras que el segundo apunta a que todo lo que empieza como poesía no puede terminar de otra forma que como novela. En el prólogo a *La novela de la poesía*, Enrique Foffani entiende el estribillo, como una forma que innova a fuerza de repetirse.

También le relaciona con otra representación que va a estar presente en la obra de Kamenzain, desde el *Tango Bar*, hasta “los anhelados bajo fondos del canon”; el tango, como arte de dar vueltas.

El tango conjuga dos símbolos universales: la huida y la vuelta. Símbolos apropiados por la tradición judía, de donde paradójicamente proviene el apellido Kamenzain.

Ante el enigma de llamarle por el nombre propio o por el de familia (¿Tamara o Kamenzain?), solo podríamos afirmar que la autora de *Chicas en tiempos suspendidos* guarda dentro de sí los nombres de: Delmira Agustini, Juana Bignozzi, Blanca Varela, Cecilia Pavón, Celeste Diéguez, y tantas otras escritoras de la tradición que, tal vez, sin buscarlo, son reivindicadas. ●

ENSAYO >> MEMORIA DE DOS GRANDES AUTORES

Cuando Graham Greene y García Márquez fueron agentes secretos

Tanto García Márquez (1927-2014) como Graham Greene (1904-1991) llevaban años siendo amigos de Torrijos. Tenían confianza con Torrijos. Lo visitaban en sus casas de Panamá. Viajaban con Torrijos

JUAN CARLOS ZAPATA

El primero o el 2 de mayo de 1979 repicó el teléfono de Graham Greene. Estaba a punto de irse a la cama en su casa de Antibes. La voz que luego oyó le informó que tenía un mensaje de Omar Torrijos. Le dijo que lo vería a la mañana siguiente. La voz era la de un hombre joven que Graham Greene había visto varias veces con el general. Entonces se extendió en el caso de los dos banqueros ingleses secuestrados por la guerrilla de El Salvador, y de los temores de Torrijos de que hubieran sido asesinados pues se había perdido el contacto con los guerrilleros. El mensaje, más bien una orden de Torrijos para Graham Greene, era que hablara con la oficina central en Londres del Bank of London & Montreal, filial de Lloyds International, con sede principal en Nassau, e informara que los secuestradores habían renunciado a dos de las tres condiciones exigidas para liberar a los banqueros. Ya no exigían soltar a seis guerrilleros presos en El Salvador ni que se publicara un comunicado en la prensa nacional e internacional. Lo que exigían era dinero. El colaborador de Torrijos le advirtió que no debía revelar al banco la fuente de la información. Al principio hubo una confusión con el nombre de la entidad bancaria, pero Graham Greene despejó las dudas recurriendo al *Whitaker's Almanack*. Por suerte, un sobrino suyo estaba emparentado con una familia de banqueros, “y siguiendo su consejo, me encontré hablando con un tal Mr. W. que se ocupaba del asunto del secuestro”.

Mr. W.

Todo este resumen lo podemos leer en *Descubriendo al general*, el libro que Graham Greene escribió sobre su amistad con Omar Torrijos, el dictador de Panamá.

En el otro lado del mundo, Omar Torrijos había llamado personalmente a García Márquez a su casa de México, y como contó en *El olor de la guayaba*, Torrijos le informó que los rehenes iban a ser ejecutados en 48 horas. Así que García Márquez en plan de operador político se puso en movimiento y al cabo de varias llamadas, los guerrilleros recibieron su mensaje.

—Yo me comprometía a lograr que las negociaciones del rescate se reanudaran de inmediato.

García Márquez también reveló en *El olor de la guayaba* que fueron los familiares quienes le solicitaron a Torrijos su intervención y que fue él quien llamó a Graham Greene en Antibes para “que hiciera el contacto con la parte inglesa”. Como vimos, Graham Greene le atribuyó el contacto al mensajero de Torrijos, pero puede haberse recibido ambas llamadas. Tomemos nota. La vida es como se recuerda. Eran grandes novelistas.

Tanto García Márquez como Graham Greene llevaban tres y cuatro años siendo amigos de Torrijos. Tenían confianza con Torrijos. Lo visitaban en sus casas de Panamá. Viajaban con Torrijos. Se echaban tragos con Torrijos. A Graham Greene, Torrijos le contaba sus sueños, los sueños en que moría y hablaba con su padre muerto. Con Torrijos, García Márquez entabló una amistad íntima, y dijo varias veces que era en realidad al líder político que más admiraba. El inglés y el colombiano se involucraron en la lucha por el Canal de la Pa-

namá. Y fueron invitados de Torrijos a la firma de los acuerdos que se llevó a cabo en Washington en agosto de 1977. Ambos vieron llorar a Torrijos. Y le escucharon decir que si no había acuerdo iba a volar el Canal. Este fragmento nos ubica en el grado de confianza que Graham Greene y García Márquez tenían con Torrijos. Por ello, Torrijos los mete en esta operación de corte cinematográfico de los banqueros ingleses.

En *Descubriendo al general*, el relato es un trozo de realidad convertida en páginas de ficción. La parte inglesa estaba extrañada de que el escritor, anciano, autor de novelas, nacido en Londres, reconocido en el mundo entero, candidato al Nobel, estuviera enterado de los pormenores del secuestro.

—¿Cómo está enterado de todo esto? —lo interrogó el tal Mr. W, cuya identidad Greene no reveló. Hablaban por teléfono, de Antibes a Londres.

—Tengo una fuente en extremo fidedigna, pero no estoy autorizado a dar su nombre.

Greene reveló que fue una conversación “embarazosa y vacilante”, con pausas marcadas por un silencio “rebotante de justificada suspicacia”. Entraron más en confianza cuando le señaló que

—Verá, en el transcurso de los últimos tres años he pasado mucho tiempo en Centroamérica. Y he hecho muy buenas relaciones.

Y era cierto. Graham Greene había viajado por encargo de Torrijos a Belice, Guatemala, Nicaragua, El Salvador, a lo que se agregaba el conocimiento que poseía del Caribe, México y parte de Sudamérica, conocimiento muy bien plasmado en sus novelas. García Márquez admiraba esta parte de su colega. Y dijo alguna vez que gracias a la obra de Graham Greene aprendió a conocer más el calor del trópico.

Bueno, lo cierto es que el tal Mr. W. le preguntó a Graham Greene por qué creía que la guerrilla había suprimido dos de las tres condiciones. “Creo que tal vez no quieren matar a esos hombres”.

Esos hombres tenían nombre y apellido. García Márquez los reveló: Ian Massie y Michael Chaterton.

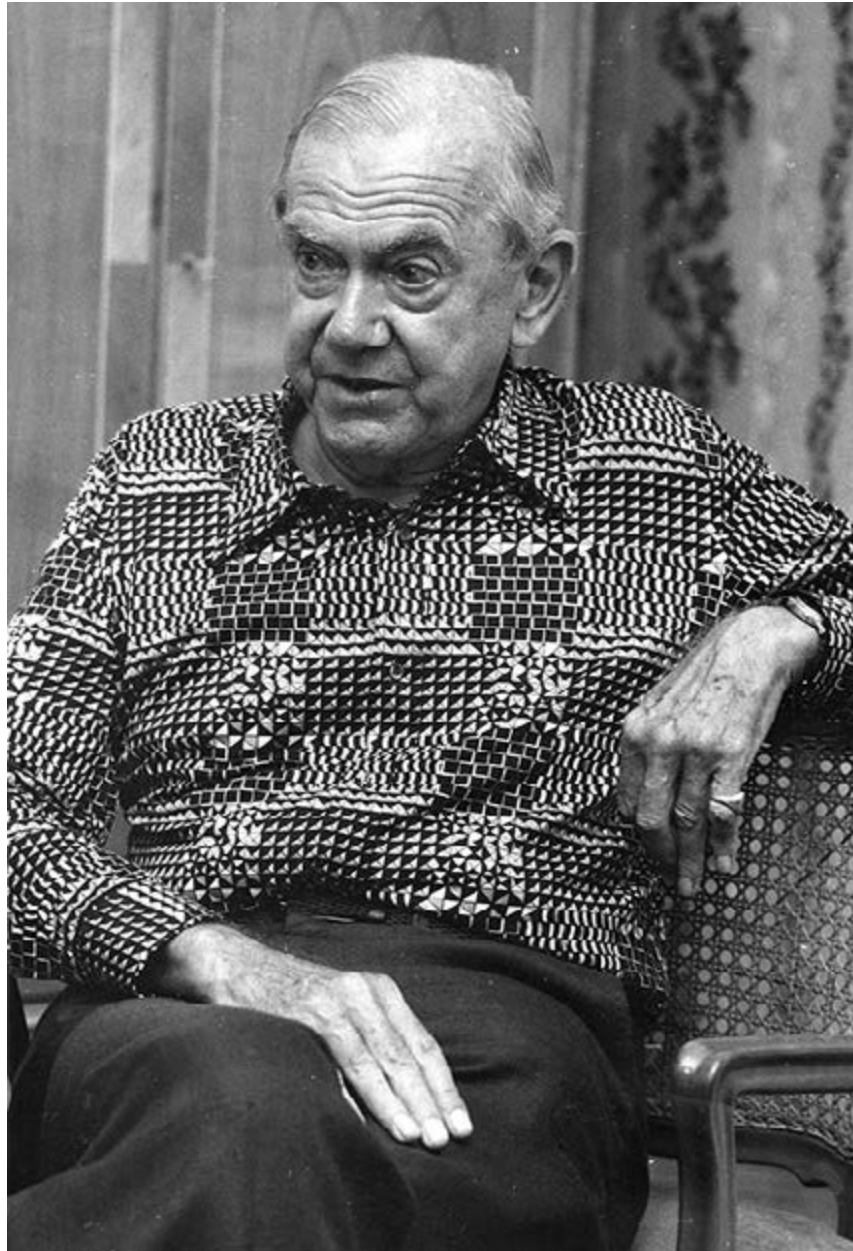
Luego de la conversación con Mr. W., Graham Greene le habló al contacto de Torrijos como le hubiera hablado un agente secreto.

—Misión cumplida.

El contacto llamó a México, y según Graham Greene, no recordaba cuándo se enteró de que quien estaba en el teléfono al otro lado del mundo era su amigo Gabriel García Márquez.

—La negociación entre los guerrilleros y el banco duró cuatro meses, y ni Graham Greene ni yo tuvimos ninguna participación en ella, pues así lo habíamos establecido —contó García Márquez en el ya citado libro-entrevista con Plinio Apuleyo Mendoza, su compadre y amigo.

Eso sí, cada vez que se interrumpían las negociaciones, se ponían en contacto con García Márquez y este hacía el trabajo de activarlas nuevamente. García Márquez tenía esa posibilidad. Por su amistad con Fidel Castro y sus estancias en La Habana, había conocido a líderes y dirigentes de las guerrillas de Colombia, Nicaragua, El Salvador. Por sus relaciones con Torrijos, en Panamá había hecho lo mismo. En Panamá, el círculo de amigos era más amplio. Incluía a Carlos An-



GRAHAM GREENE / ARCHIVO

drés Pérez, Alfonso López Michelsen, Felipe González y Simón Alberto Consalvi, entre otros. Se reunían en la isla de Contadora, donde pasaban revista a lo que pasaba en Centroamérica, y de manera particular en Nicaragua y El Salvador. Así fue como Felipe González se convirtió en experto en Centroamérica.

García Márquez contó en *El olor de la guayaba*: “Los banqueros fueron liberados, pero ni Graham Greene ni yo recibimos nunca ninguna señal de gratitud. Esto no me importaba, por supuesto, pero me sorprendió”.

Por su parte, Graham Greene apuntó que “Por un tiempo alimenté la codiciosa esperanza de que recibiría, al menos, una caja de whisky de ‘Lloyds International’, como agradecimiento por el misterioso número de teléfono, pero esa esperanza acabó esfumándose”.

García Márquez le relató a Plinio Apuleyo Mendoza que “Graham Greene y yo habíamos hecho las cosas tan bien, que los ingleses debieron pensar que éramos cómplices de los guerrilleros”.

En entrevista con Jean-François Fogel en *Le Point*, y reproducida en *El Diario de Caracas* el 10 de enero de 1982, meses antes de la aparición de *El olor de la guayaba* y a meses de ganar el Premio Nobel, García Márquez habló por primera vez del caso. Aquí reveló detalles que corrigen o precisan

la historia que él y Greene luego explicaron en *Descubriendo al general* y en *El olor de la guayaba*.

—Dos banqueros ingleses habían sido secuestrados por la guerrilla de El Salvador. Para la liberación de ambos, Ian Massie y Michael Chaterton, pedían 50 millones de dólares. De acuerdo al ultimátum de los secuestradores, los dos hombres habrían sido ejecutados si en un plazo de veinticuatro horas, no era pagado el rescate. Mi viejo amigo, Omar Torrijos, me llamó entonces para pedirme que hiciera algo en favor de esos dos hombres. Transmití un mensaje a los guerrilleros a través de intermediarios. Les pedí que no ejecutaran a los rehenes y me comprometí, personalmente, a lograr que las conversaciones se reanudaran. Los guerrilleros me respondieron que aceptaban. Entonces llamé por teléfono al novelista inglés Graham Greene que estaba en Antibes. Fue él quien se puso en contacto con la parte inglesa. Las negociaciones duraron cuatro meses.

—¡Pero este es un episodio absolutamente inédito! —comentó, sorprendido, Fogel.

—Sí, nunca hablamos de eso. Pero es cierto que estuvimos metidos en las negociaciones durante cuatro meses. Recuerdo que mi recibo de teléfono llegó hasta los 6.000 dólares. Al final, los banqueros fueron liberados. Sin embargo, jamás tuvieron una palabra de

agradecimiento para nosotros. Y debo decir que esto me sorprendió mucho. He reflexionado sobre eso y no veo sino una explicación: los dos banqueros deben haber pensado que Greene y yo éramos cómplices de los guerrilleros.

Graham Greene pensó lo mismo tras sacarse de la cabeza la ilusión de las botellas de whisky. “Seguramente los directores creerían que yo había cobrado una comisión de la guerrilla sobre los cinco millones de dólares que creo pagaron por el rescate”, escribió.

Una precisión. No es cierto que García Márquez y Torrijos eran viejos amigos. Pero habían intimado tanto que parecía que fuera así. Era más viejo amigo de Carlos Andrés Pérez y López Michelsen. Pero con Torrijos bromeaba, y Torrijos le decía que a García Márquez le gustaban los dictadores. Y ante el pavor que García Márquez le tenía a los aviones, Torrijos encontraba las maneras de hacerlo sentir seguro cada vez que volaban juntos en avión o en helicóptero en Panamá. Pero por alguna razón que García Márquez consideraba inexplicable, la única vez que se negó a acompañarlo, fue cuando Torrijos se mató. El mismo avión en el que siempre viajaban se había precipitado a tierra.

La de los banqueros no fue la única experiencia en la que ambos García Márquez y Graham Greene actuaron juntos. Hay otra. La del secuestro del embajador de Sudáfrica también por la guerrilla de El Salvador.

Tal vez por el antecedente anterior, en enero de 1980 recibió la llamada del encargado de Asuntos Exteriores de Sudáfrica en París, un tal Mr. Shearer que, al principio, Greene, somnoliento, de nuevo a punto de acostarse, confundió con un productor de cine que había conocido. Entraron en los pormenores. Mr. Shearer le informó que no habían logrado ponerse en contacto con los guerrilleros a pesar de los meses transcurridos del secuestro.

—Creímos que usted podría ayudarnos.

“En aquel momento”, recordaría Greene, “parecía como si Antibes se hubiera convertido en una isla anclada en la costa de Centroamérica y estuviese implicada en todos los problemas allí existentes”.

Pensó en García Márquez. En el número de teléfono de México que ahora ya no tenía. “Lo destruí”. Pero le recomendó a Mr. Shearer que se pusiera en contacto con Mr. W., tal como en efecto ocurrió pues en media hora volvió a llamar, le facilitó el número de teléfono y le pidió un nuevo favor, y este no parece ser otro que una llamada a García Márquez. Así que el agente de Antibes se puso en movimiento tras el agente de México, con el que no hizo contacto sino con el paso de los días, y otra vez estaban en lo mismo. Hablando el mismo lenguaje de agentes especiales.

—¿Un embajador sudafricano? Ese es un problema más peliagudo —le dijo García Márquez.

—Es cuestión de humanidad, no de política. Tengo entendido que se trata de un hombre enfermo y que su mujer se está muriendo de cáncer —respondió a Greene García Márquez.

La información de este cuadro, Graham Greene la había obtenido de otra conversación sostenida con Mr. Shearer. Pero no era solo que la mujer estaba enferma de cáncer, sino que “estaba agonizando, el hijo es hippy y solo queda la hija. Pero se trata de una muchacha muy joven”. Esta situación ponía en el camino la dificultad adicional: ¿quién de la familia entraba a hablar con los guerrilleros?

García Márquez se volcó hacia sus contactos. Llamó y obtuvo confirmación de que el grupo que había secuestrado al embajador era el FPL. Greene transmitió el dato a Mr. Shearer y este lo hizo con Pretoria, y Pretoria con Washington, por lo que el papel de los dos escritores convertidos en agentes especiales llegó hasta ahí, hasta la diligencia que identificó al grupo con el que Washington estableció contacto, “y sería preferible”, le dijo Mr. Shearer a Graham Greene, que “no interviniera en ningún sentido”.

Y eso fue lo que ocurrió. ●

*Juan Carlos Zapata es periodista y escritor, persistente estudioso de la biografía de Gabriel García Márquez. Su más reciente libro publicado es *Chávez a la hora y en la hora de su muerte*.



GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ / ©VASCO SZINETAR